

Serie Nosotros

La historia completa



PATRICIA BONET

CAPÍTULO

UNO

Marcos

«Señoras y señores pasajeros, dentro de unos momentos tomaremos tierra en el aeropuerto de Valencia. La temperatura es de veintiocho grados y hoy se presenta el día soleado. Asegúrense de que el respaldo está en posición vertical, el cinturón abrochado y su mesa plegada. Yo, el comandante Pearce, y el resto de la tripulación esperamos que hayan tenido un vuelo agradable y confiamos en verlos viajando de nuevo con nosotros. Muchísimas gracias».

¿Un vuelo agradable? Si tuviera que definirlo, se me ocurren muchas formas de hacerlo, pero desde luego ninguna de ellas sería «agradable»; me ha tocado pasillo, por lo que me he pasado la mitad del tiempo levantándome para que la señora que tengo al lado pudiera ir al aseo. No sabía que alguien podía mear tantas veces seguidas. Pero no contenta solo con eso, no se ha callado.

Ni un momento.

Me ha hablado de su hija Lana, de su perro Scooby y de su nieto Carl, que es la alegría de su vida, aunque él a ella no la quiera nada y le escupa cuando la ve. Así, tal cual. Y ella tan contenta diciendo que son solo cosas de niños. De un niño que, por cierto, ya tiene diez años, y no es que yo sea un lumbreras, pero a esa edad ya saben lo que hacen, ¿no? En fin. Ni conozco a esta señora ni voy a volver a verla en mi vida, así que yo solo he sonreído y he fingido escucharla todo el trayecto. En realidad, lo que he estado haciendo ha sido cerrar los ojos y pensar. ¿En qué? En lo que llevo pensando desde que mi trabajo en Nueva York terminó y supe que era hora de volver a casa.

Podría haberme quedado allí. La gente me quería, era bueno en mi trabajo y el sitio no estaba nada mal. Hice algunos amigos, como Scott, mi jefe. Aunque era unos cuantos años mayor que yo, congeniamos enseguida. Supongo que porque yo necesitaba una figura paterna, alguien que me diera un poco de seguridad y familiaridad en un sitio en el que me encontraba a miles de kilómetros de los míos, y él buscaba un sustituto para el capullo de su hijo, porque, si algo definía a ese espécimen de hombre, era «capullo». También echaría un poco de menos mis salidas matutinas a correr por Central Park o el desayuno de los domingos por las mañanas en la tetería de la esquina del trabajo. Me costaba más de cuarenta y cinco minutos ir andando, pero valía la pena solo por esos bollitos de canela rellenos de limón.

Pero bueno, no quiero mentir, todo eso estaba bien, pero no terminaba de ser lo mío. Aunque estaba rodeado de personas por todas partes, pues en la oficina éramos más de cuatrocientos trabajadores y tenía buena relación con todos, y además tenía a Scott, pero, como ya he dicho, me sentía muy solo. Me faltaba mi gente. Mis amigos, sobre todo Pedro, los tocapelotas de mis hermanos, mis padres y, para qué mentir, ELLA.

Mierda.

Es que no me la quito de la cabeza ni medio segundo. Y sí, antes ya era una tortura, pero más o menos podía llevarlo; total, la tenía a miles de kilómetros de distancia. Pero ¿y ahora? Ahora la tengo demasiado cerca como para poder ignorarlo.

El avión acaba de dar una sacudida, lo que significa que hemos tomado tierra. He estado tan

metido en mi mundo que ni me he dado cuenta. Suspiro, cojo aire y lo suelto tres veces seguidas, me seco las palmas de las manos en los vaqueros y cuento hasta diez. Me levanto incluso antes de que las luces que indican que ya puedo desabrocharme el cinturón se apaguen, pero necesito coger mi ordenador y salir de este agujero que me está asfixiando por momentos. Me giro para sonreír a mi nueva «amiga» y decirle adiós con un ligero movimiento de cabeza, y salgo por la puerta como alma que lleva el diablo directo al autobús que me llevará hasta la sala de recogidas de maletas, para poder coger la mía e irme a mi casa.

Hogar, dulce hogar.

Se me hace tan raro estar aquí de vuelta que, por un momento, una milésima de segundo, me han dado ganas de dar media vuelta, volver al avión con el comandante como se llame y pedirle que me lleve de vuelta a las Américas. Pero no, estoy aquí, he vuelto y lo hago para quedarme.

Cuando ya estamos todos en el autobús como sardinas en latas -y está claro que algunos sin ducharse-, ponemos rumbo al edificio que alberga nuestras pertenencias más valiosas, que en mi caso es una pequeña maleta. No es que haya sobrevivido todo este tiempo con tres pantalones y dos polos, es que mis padres vinieron hace un par de meses y se trajeron casi todas mis cosas. De valor no tenía nada, porque los muebles y demás pertenecían a la casa de alquiler en la que me alojaba, pero sí se trajeron la ropa de invierno, zapatos y chaquetones, así que me dejé lo esencial: algunas prendas básicas y mi ordenador portátil.

Por fin llega la mía, esa que regalaba el banco hace mil años, marrón, fea de cojones, que toda la población española tiene, y me dirijo hacia la salida para coger un taxi.

No ha venido ninguno de los míos a buscarme. No porque ellos no quisieran, sino porque yo no los he dejado. Me gusta muchísimo estar con ellos, pero pueden llegar a ser tremendamente agobiantes, y yo necesito un poco de espacio para habituarme a mi nueva situación y pensar en cómo me voy a enfrentar a todo lo que se me viene encima. Y porque les he mentado. No me siento orgulloso de ello, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. O como se diga. Les he dicho que llegaba mucho más tarde. Casi por la noche, vamos. No a las ocho de la mañana. Al único al que le he dicho la verdad es a mi hermano Javier, al que, por cierto, le mando un mensaje para avisarlo de que ya estoy aquí. Y es que con él no tengo ningún problema. Si yo le digo que no quiero que venga a recogerme, no hace preguntas, me dice que vale y se queda en su casa; o en el bar, depende de la hora.

No he querido que venga nadie porque solo tengo ganas de llegar a casa, darme una ducha, quedarme en calzoncillos y dormir todo lo que no lo he hecho estas últimas semanas. ¿Que por qué no he dormido? Porque estoy cagado de miedo. He soñado con volver desde antes de marcharme, he soñado con verla desde antes de despedirme y he soñado con volver a hablar con ella desde antes de mandarlo todo a la mierda. Pero una cosa es soñar y otra muy distinta, la realidad. Y la mía es que estoy aquí, que he vuelto y no tengo ni idea de por dónde empezar. Me aterra tenerla enfrente de mí otra vez porque no sabría qué decirle ni cómo actuar. No sé si me odia -aunque estoy convencido de que sí- ni si tiene ganas de verme -estoy convencido de que no-. Llevo más de tres años sabiendo cosas de ella a través de los demás. Jamás acompañó a ninguno en sus viajes, ni se sumaba a las felicitaciones y llamadas a través del Skype, ni participaba en los regalos conjuntos que me llegaban. Sí, ponía su nombre, estaba su dedicatoria, pero no era su letra. Mejor dicho, no eran sus palabras.

El taxi llega por fin a la puerta de mi casa; le pago y bajo, sacando yo mismo la maleta del maletero porque ahora me han entrado las prisas. Necesito sentirme seguro, protegido, y mi casa se convierte en mi refugio. Subo los peldaños hasta llegar a la puerta principal poco a poco, disfrutando del momento y maravillándome de lo que encuentro a mi alrededor, porque, para qué

negarlo, mi casa me encanta. Al subir arriba del todo, dejo las maletas en el suelo y meto la mano en el bolsillo derecho del pantalón para sacar la llave, la cual aprieto tan fuerte que hasta me hace un poco de daño en la palma de la mano. La meto en la cerradura y la giro dos veces, lo que me confirma que mi hermana no está en casa.

Cuando me marché, me preguntó si podía mudarse aquí. Adora a mis padres, pero, palabras textuales, «se estaba muriendo poco a poco». Siempre han sido un poco controladores con los tres, para qué negarlo, pero debo reconocer que con mi hermana han llegado al acoso. Así que no tuvo que suplicármelo mucho, aunque me habría encantado verla de rodillas pidiendo clemencia. Cogió la copia que guardaba para las emergencias y se instaló aquí. Para mí también supuso un alivio, así tenía a alguien que cuidaba un poco de ella en mi ausencia. Hablo de mi casa, claro; mi hermana se vale ella sola. Y, además, así cuidaba de las pequeñas plantas que tengo en el jardín. Aunque miedo me da cuando salga a ver cómo están.

Cojo la maleta, entro y cierro la puerta detrás de mí. A simple vista está tal y como la dejé, a excepción del sofá, que tuvimos que reemplazar por culpa de un pequeño percance, del cual prefiero no hablar. La cocina está impoluta y, por lo que puedo divisar a través de la cristalera, el jardín y mis plantas están perfectas.

Debo empezar a confiar más en Paula.

Cierro la casa con llave, una pequeña manía -o una de muchas-, dejo la maleta en el suelo y recorro mi hogar poco a poco, tocando los muebles y admirando el olor a jazmín que lo impregna. Me acerco hasta la librería, pero no para ver los pocos libros que hay, sino las fotos, en concreto una en la que salimos los cinco el día del cumpleaños de Javi hace ya siete años por lo menos, todos disfrazados de mejicanos, con las mejillas sonrosadas y los ojos vidriosos de tanto reír. Paula está a caballito de Pedro, Javi a su derecha haciendo el mono, y yo a su izquierda, con Eva subida a mi espalda. Tiene la sonrisa más bonita que he visto en mi vida, y la echo mucho de menos. Estoy cansado de verla a través de las fotos, ahora necesito hacerlo en directo.

Dejo la foto en su sitio, voy hasta la cocina y abro la nevera con la esperanza de encontrar algo de comida en ella. Me doy por satisfecho. Tengo queso, jamón e incluso cerveza, así que me preparo un sándwich, me lo como rápido y subo a mi habitación para poder darme una ducha bien fría y acostarme un rato, que bien lo necesito.



«¡Me cago en la ...! ¿Se puede saber qué es todo ese follón?». Parece música, pero no sé de dónde viene. Por poco se me sale el corazón por la boca del susto que me he dado. Me incorporo en la cama e intento calmarme, con los cinco sentidos alerta e intentando acostumbrarme a lo que tengo alrededor. Me doy cuenta de que estoy en mi casa de Valencia y de que esa música viene del piso de abajo. Debe de ser mi hermana, que ha llegado y no se ha enterado de que hay alguien arriba.

Bajo los escalones rápido con la idea de decirle cuatro cosas, pero toda la mala leche que pudiera tener se me escapa en cuanto Paula entra en mi campo de visión. Me apoyo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados para poder verla mejor. Lleva unos pantalones vaqueros cortos -por llamarlos «vaqueros» y no «cinturón»-, una camiseta negra de tirantes, sandalias y el pelo negro increíblemente corto. La última vez que la vi lo llevaba por la espalda, y aunque me había enseñado alguna foto, me choca cuando lo veo en persona. La cocina, impoluta hace un par de horas, ahora parece un campo de batalla. Hay bolsas y comida por todas partes, el horno encendido, y ella está cortando algo mientras baila y canta a pleno pulmón la canción *Sugar*, de

Maroon 5.

Estoy tentado de ir por detrás y asustarla, pero mi hermana es demasiado vengativa y maquiavélica, y sí, temo por mi vida, así que carraspeo alto y claro para que me oiga por encima del ruido de la música.

-¡Joder, qué susto! -Se gira sobresaltada, pero cuando me ve en el marco de la puerta, pega un grito de loca y corre hasta mí, saltándose encima cual koala-. ¿Qué haces aquí? ¡Creía que llegabas más tarde!

Nos soltamos, yo para sentarme en uno de los taburetes de la cocina y ella para ir a la nevera a por dos cervezas. Me ofrece una, pero la rechazo y le pido un zumo. Me mira arqueando una ceja.

-Acabo de abrir un ojo, deja por lo menos que me dé tiempo a abrir el otro.

-¿Estabas durmiendo? ¿A qué hora has llegado? -Se acerca hasta donde estoy, con la botella de zumo de naranja y dos vasos, uno para ella y otro para mí. Me bebo de una sentada casi la mitad. Estaba sediento.

-Bueno, al final he adelantado el vuelo. He llegado a las ocho.

-¿A las ocho? Pero si te esperábamos doce horas más tarde. ¿Por qué no nos has avisado? Habríamos ido al aeropuerto a por ti. Espera, ¿ha ido alguien a por ti? ¿Cómo has llegado? Y ¿dónde están tus maletas? ¡Oye! ¡Mamá y papá!, ¿saben que ya estás aquí? Tienes que avisar, Marcos. Los pobres seguro que van al aeropuerto a buscarte, y tú, mientras, aquí. Eso no se hace, ¿sabes? La gente se preocupa por ti y... -No hablo. No porque no quiera, sino porque no me deja. Me quedo ahí, sonriendo, viendo cómo habla tanto que ni siquiera respira entre pregunta y pregunta-. ¿Por qué me miras con esa cara? ¿Y por qué no dices nada?

-Porque estoy esperando a que termines de hacerme todas las preguntas a la vez para poder contestar alguna. Así que, cuando quieras, empiezo.

-Ya me callo -me dice mientras hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y se guarda la llave en el bolsillo.

-Gracias. Sí, a las ocho. Al final lo he adelantado porque tenía ganas de llegar a casa. He avisado a Javier, porque es el único que me respeta. Si te lo hubiera dicho a ti o a Pedro, habríais pasado de mi cara y os habríais presentado en el aeropuerto. Pancarta incluida. Y no habría podido descansar, que es lo único que me apetecía en ese momento después de más de siete horas de vuelo, sin contar con todo el follón que he tenido estos días en la oficina y en mi casa. Como te he dicho... no, no ha venido nadie a por mí; he usado un taxi, que para algo existen. Mis maletas están arriba, conmigo. ¿Los papás lo saben? Sí. Los he llamado antes de irme a dormir. -Me callo, cojo lo que me queda de zumo y me lo bebo, limpiándome el bigote con el dorso de la mano y dejándolo de nuevo en la mesa. Mi hermana me mira sin decir nada, pero con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Yo le sonrío enseñando los dientes-. ¿Le parece bien a la señorita? ¿Alguna pregunta más que necesite ser resuelta?

No habla. Se está mordiendo tanto la lengua que seguro que se hace hasta sangre, la muy bestia. Pero no puede permanecer más tiempo callada. Creo que la última vez que lo hizo aún estaba en el vientre de nuestra madre.

-La pancarta era muy chula. Y grande. Llevamos dos días pintándola.

Me entra la risa, pero no de esas silenciosas y por compromiso. No. Me río con ganas, a carcajadas.

-Eres un inmaduro -me dice mientras me enseña el dedo corazón. Mi hermana es toda finura.

Me levanto para dejar el vaso en la pila y volver a mi habitación, a ver si puedo dormir un rato más. Paso por el lado de Paula, que ha vuelto a levantarse y se dirige al horno, que abre, y por el que veo asomar un bizcocho. No sé de qué es, pero huele de maravilla. Le doy un beso en la

cabeza y me despido. Pero antes de salir me giro, llamándola.

-Por cierto, ¿es el fin del mundo y no me he enterado? ¿Por qué mi cocina parece un supermercado?

Paula cierra el horno, se gira, y ahí está; *la sonrisa meteproblemas*: es esa que usa cuando sabes que está tramando algo, nada bueno, por supuesto, que va a terminar contigo con una ceja depilada, un tatuaje de *henna* de un hada en la espalda o durmiendo en calzoncillos en el balcón en pleno invierno.

-Bienvenido a tu fiesta de vuelta a casa.

-Mi... ¿qué?

-Tu fies-ta de bien-ve-ni-da -me dice, despacio, como si le estuviera hablando a un niño de tres años.

-Te he entendido a la primera.

-Entonces, ¿por qué me lo vuelves a preguntar? -Me sonrío mientras se apoya en la encimera para mirarme. Coge una zanahoria. Sí, una zanahoria. Y comienza a morderla.

-Lo intentaremos de otra forma. ¿Por qué tengo una fiesta de bienvenida?

-Porque te queremos, nos alegra mucho que hayas vuelto y todos queríamos verte.

-¿Todos? ¿Quiénes son todos?

-Pues yo qué sé, todos.

-¿Todos... todos?

-Sí, Marcos. TO-DOS. ¿Pero qué te pasa?

-Nada. Me voy a dormir. Si quieres algo, silba, como Pepito Grillo.

Llego a mi cama y me lanzo en plancha, con los pies colgando por el borde y los brazos extendidos. Las palabras de Paula retumban una y otra vez en mi cabeza.

«Todos queríamos verte».

Ja. Mentira. Seguro que hay una persona que no quiere verme. ¿O sí? Es decir, a lo mejor no está enfadada conmigo. A lo mejor es cierto que se alegra de verme. O a lo mejor es cierto que soy gilipollas y tonto del culo. Sí, me decanto por esta última observación.

Cojo la almohada y me tapo la cara con ella mientras amortiguo el grito que está esforzándose por salir de mi garganta. No estoy preparado. Quiero verla. Joder, es lo que más quiero. Pero no era así como tenía pensado. Tengo que prepararme. Un plan. Necesito un plan.

Una hora.

Llevo una hora pensando en el puñetero plan que nunca llega, porque una pregunta no para de rondarme: ¿y si decide no aparecer? Aunque eso es imposible, ¿verdad? Es la mejor amiga de Paula. Y la hermana de Pedro, que para rizar más el rizo, es mi mejor amigo. También es amiga de Javi y de todos los que habrá en esa fiesta. Tiene que venir, no puede no hacerlo.

Dejo de darle vueltas al tema porque no encuentro respuestas a ninguna de las preguntas que me surgen y no las tendré hasta que hable con ella y la vea. Porque sí, eso lo tengo muy claro. Ya que la cosa se presenta así, ya que estará en la misma habitación que yo, no voy a permitir que se marche sin hablar conmigo.

Cierro los ojos e intento dormir. Pero no lo consigo. Ni contando ovejitas.

Solo pienso. Demasiado.

Y creo que me estoy volviendo loco.

CAPÍTULO

DOS

Eva

-Un Mississippi, dos Mississippis, tres Mississippis, cuatro Mississippis...

-¡Paula! Me estás haciendo enfadar, ¿quieres dejar de decir «Mississippi»? ¡Así no se cuenta! -grita Marcos a su hermana, rojo como un tomate. Tengo ganas de reírme, aunque me da un poco de miedo, porque se enfada mucho cuando nos burlamos de él, pero, como dice su mamá, es muy gracioso ver cómo se le hincha la vena de la frente. Parece que un día le vaya a explotar. Me recuerda mucho al monstruo ese verde que tanto les gusta a Pedro y a él. No me acuerdo de su nombre.

-¿Cuentas tú? No, pues ale, cuento como yo quiera. -Paula siempre dice que lo que más le gusta hacer es meterse con los chicos, sobre todo con Marcos, porque es muy fácil hacerlo enfadar.

-Qué tonta eres.

-«Qui tinti iris».

Ahora sí que no puedo aguantarme y me entra la risa, aunque me tapo la boca con la mano para que nadie pueda verme. Paula y yo hemos empezado a hablar solo con vocales. La semana pasada era la A, y esta semana toca la I.

Marcos mira a mi amiga con una cara que da un poco de miedo, pero es que es de «mecha corta», como dice Eduardo, su padre, sobre todo si el blanco de las bromas es él y quien se las gasta es su hermana pequeña.

-¡Venga, dejadlo estar y jugad tranquilos, si no al final acabaremos todos enfadados y cada uno en su casa! -grita Javi, el hermano mayor de los dos y quien siempre está en medio de todas las discusiones intentando que no nos enfademos, y menos mal, porque algunas broncas han sido muy fuertes.

Me acuerdo de una vez en que Paula puso tan nervioso a Marcos que este le acabó dando con un trapo de cocina en el culo. Su hermana, como venganza, le tiró toda la colección de Hot Wheels por una alcantarilla. Al final nos castigaron a todos dos semanas (a ellos, por pegarse, y a nosotros, por reírnos), y fue lo peor, porque era verano y no pudimos salir a ningún sitio.

Marcos termina dándose por vencido y sale corriendo para esconderse en el hueco que hay debajo de la casa, porque sabe que ahí Paula no irá a buscarlo nunca. La valiente le tiene un miedo a la oscuridad que «se caga viva», palabras textuales. Pedro se tira al suelo y repta hasta esconderse debajo del camión de nuestro padre. Javi lo sigue muy de cerca, pero termina por saltar la valla y colarse en el jardín del vecino, y yo corro hasta entrar en el cobertizo donde mi padre guarda todas sus herramientas.

Si a Paula le da miedo la oscuridad, a mí me dan miedo los sitios cerrados, y como todos lo saben, seguro que no piensan venir aquí a buscarme. El cuarto es tan pequeño que mi padre tiene que sacar las cosas para poder trabajar, porque además la ventanita que tiene es minúscula, y casi no se puede respirar. Miro alrededor, a la mesa de trabajo llena de tornillos, destornilladores y la caja de herramientas negra, que le regaló mi madre cuando se casaron, abierta. En el suelo descansa la moto por piezas que mi padre quiere arreglar con la ayuda de los chicos, y el armario está tan lleno de nuestros trastos que es imposible que quepa nada ahí dentro. Fuera oigo que Paula deja de contar y empieza la búsqueda, así que al final me tiro al

suelo y decido esconderme detrás de la mesa, donde hay un hueco un poco pequeño, pero para mí es suficiente.

Seguro que han pasado solo segundos (la casa de mis papás no es tan grande como para que tarde mucho rato en encontrarnos), pero a mí se me están haciendo muy lentos. Está anocheciendo y no hay casi luz, y, además, el sitio es tan pequeñito que al final no voy ni a poder salir. No sé por qué me he escondido aquí, con el miedo que yo le tengo.

Aprieto los párpados muy fuerte y respiro hondo: una, dos, tres, cuatro y cinco veces, empezando otra vez desde el principio.

Así es como me ha dicho Pedro que lo haga siempre que tenga miedo.

De repente, escucho la puerta abrirse un poquito; abro los ojos y veo una sombra que se acerca hacia la mesa, mi escondite. Creo que es Paula, aunque la sombra es muy alta para ser ella. Pero cuando llega por fin a donde estoy y levanto la cabeza, veo que no es Paula, sino Marcos. Se agacha hasta ponerse a mi altura y me hace señas con la mano para que me mueva.

-¿Qué haces? No cabemos aquí los dos -le digo susurrando.

-Claro que sí, renacuaja. Muévete un poco y hazme sitio.

Le hago caso y, como puedo, me muevo hacia atrás, dejando un hueco para Marcos. Este se coloca pegado a mí, me coge la mano y me sonríe de oreja a oreja.

-¿Pero qué haces aquí? Te he visto esconderte debajo de la casa.

-Ya lo sé, pero el juego no tiene diversión si me escondo en un sitio al que Paula nunca va a ir.

-Escuchamos un ruido fuera y, sin soltarnos la mano, miramos hacia la puerta, esperando que esta se abra de un momento a otro y den con nuestro escondite. Marcos me pide silencio con la mano que tiene libre y yo obedezco, aguantando la respiración. El corazón me late muy deprisa. Seguro que Paula lo escucha desde fuera y por eso nos va a encontrar-. Además, te he visto entrar aquí para esconderte, y sé cuánto miedo te da -me dice Marcos susurrando y sin mirarme-. Eso es muy valiente.

-Gra... gracias. -Creo que es la primera vez que alguien piensa que soy valiente. Mi hermano dice que soy una cagada, y tiene razón, así que que Marcos piense que soy valiente para mí es muy importante.

-Además, siempre cuidaré de ti, ¿vale? Eres mi chica preferida.

En ese momento la puerta se abre. Paula grita: «Os pillé» y provoca que pegue tal bote que, si no fuera porque estamos los dos tan apretados, nos tiraría al suelo. Marcos me ayuda a salir, me suelta por fin la mano y sale corriendo detrás de su hermana para derribarla, saltar encima y hacerle cosquillas, como siempre terminan nuestros juegos.

No puedo dejar de mirar a Marcos, sentado encima de su hermana, quien grita y patatea tirada en el suelo. Pedro aparece con un sándwich en la mano -¿cuánto tiempo he estado ahí encerrada para que a este le haya dado tiempo a ir a por comida y todo?- y Javi está apoyado en la valla hablando con el vecino, un año mayor que él, pero con el que ha hecho muy buenas migas.

«Eres mi chica preferida». Me acuerdo de lo que me ha dicho Marcos hace un momento y me da tanta vergüenza que noto que me pongo roja. Nunca me había dicho eso. Yo siempre había creído que su chica preferida era Paula, porque es su hermana, ¿no?

-¡No te quedes ahí parada y ven a ayudarme! -grita Paula llamando mi atención, y eso hago, corro hacia ellos y me tiro encima de Marcos, agarrándolo por el cuello e intentando apartarlo de encima del cuerpo de mi amiga. De repente, unas manos intentan cogerme de la cintura: es Pedro, que ha venido para ayudar a su amigo. Los chicos son más fuertes que nosotras, pero aun así no nos dejamos ganar. Pataleamos y damos puñetazos al aire con todas nuestras

fuerzas, alcanzando algún brazo, hombro y pierna por el camino.

Ya no vuelvo a acordarme de lo que me ha dicho Marcos en el cobertizo. Además, tengo solo ocho años, ¿por qué debería pensar en esas tonterías?

∞

-Esto es una mierda.

-Bueno, es lo que tiene que nosotros seamos mayores y vosotras, unas renacuajas.

Odio que usen ese mote conmigo, así que cojo lo primero que tengo a mano, que es una almohada, y se la lanzo a mi hermano, dándole de pleno en la cabeza.

Estoy en el cuarto de Pedro esperando a que se termine de arreglar. Es Nochevieja, y es la primera vez que nuestros padres los dejan salir con los amigos para celebrarlo. Hasta ahora siempre lo pasábamos los cinco juntos, nuestra familia con los tres hermanos Bayo, pero esta es la primera noche que los chicos pueden salir con los amigos. Por lo que tengo entendido, van al chalet de un amigo para recibir allí el nuevo año. Paula y yo no podemos ir. Tenemos diecisiete años y nuestros padres piensan que somos demasiado jóvenes para ir a esa clase de sitios. Yo opino que es una tontería; además, estaríamos con los chicos y con un montón de gente más, y es aquí mismo, en el pueblo. Pero no dan su brazo a torcer.

Lo ayudo a elegir la ropa; una camisa negra con los vaqueros desgastados, rotos por la rodilla, y botas militares. Aunque sea mi hermano, debo reconocer que es guapo de narices. No es la típica belleza que quita el sentido cuando la ves y te deja las piernas de gelatina, pero tiene un aura que hace que las chicas quieran revolotear a su alrededor como moscas con la miel.

La puerta se abre de golpe y entra Paula como una exhalación; viene directa hacia mí y se tira encima, haciendo que las dos caigamos en la cama. Rebotamos por el impacto y nuestras frentes chocan.

-Uy, perdona, la emoción del momento -me dice Paula entre risas, masajeando su frente y la mía.

-¿Y se puede saber por qué estás tan contenta cuando hace apenas una hora gritabas como la niña de El exorcista a nuestros padres? -le digo más seria de lo normal. Estoy cabreada, porque el plan de esta noche se presenta bastante aburrido.

-Te perdono ese tonito que estás usando conmigo porque te quiero, y porque lo de parecerme a la niña de El exorcista me gusta.

-Ja, ja, ja. Tú no estás bien de la cabeza. Lo sabes, ¿verdad? -le dice Pedro riéndose, mientras va al armario a por su cazadora vaquera.

-Pues claro. Es algo que sabe todo el mundo. ¿Tú lo sabes? -me pregunta mientras me señala con el dedo.

-Yo lo sé -le digo riéndome, y es verdad. Está como una puñetera cabra, pero no me la imagino de otra forma.

-Bueno, levanta ese culo de Beyoncé que tienes y a vestirse, que nos vamos.

Se oyen unas carcajadas procedentes del pasillo, y enseguida hace acto de presencia el dueño de esas risas quien, para qué negarlo, es el dueño de mis pensamientos más calenturientos. Marcos, el hermano de Paula y el mejor amigo de mi hermano. Dios mío, soy como un tópico con patas, enamorada del mejor amigo de mi hermano y hermano de mi mejor amiga. Soy la candidata perfecta para la típica película americana. Pero lo peor de todo es que no lo puedo evitar. Debería verlo como a un hermano más, vamos, como veo a Javi. Pero no, para mí es como el típico caballero de brillante armadura, aunque de caballero tiene poco y de tocapelotas tiene mucho. Si alguien me pregunta desde cuándo llevo enamorada de él, podría

decir la fecha exacta con los ojos cerrados: once de julio de mil novecientos noventa. ¿Que cuál es esa fecha? El día en que nací. ¿Cómo se puede estar ya enamorada siendo un bebé recién nacido? Porque mi madre siempre me cuenta que nací llorando a pleno pulmón y solo conseguí calmarme cuando una mano pequeñita, de apenas dos años y medio, cogió la mía. Y esa mano era la de Marcos.

-Me encanta ese ceño fruncido que pones cuando te dicen que tienes el culo de Beyoncé -me dice Marcos acercándose a mí y dejándose caer a mi lado en la cama, después de darme un beso en la mejilla.

Lleva vaqueros negros, camisa roja a cuadros y botas también negras. El pelo revuelto y en el cuello, la cadena de cuero con mi inicial.

Sí, mi inicial.

Hace unos meses fuimos a un mercado medieval en Teruel. Me quedé embobada mirando unas baratijas que vendía un hombre ciego, y su hija lo ayudaba. Eran todo cosas artesanas, que hacían ellos en casa, y me parecieron sencillas pero preciosas. Me quedé mirando una pulsera tobillera con un pequeño búho colgando. Siempre he tenido predilección por los búhos. De repente, alguien se acercó por mi derecha y le dijo a la niña que se la llevaba, sin preguntar el precio. Era Marcos. La pagó, la cogió y se agachó hasta quedar de rodillas en el suelo. Era verano, así que al llevar un vestido, mi tobillo quedaba al aire. Sin hablar ni pedir permiso, me lo cogió, lo puso sobre sus rodillas y ató el pequeño cordón a él. Después, le pidió un colgante con la letra E, de Eva. No me atreví a preguntarle por qué. Él simplemente lo compró, se lo puso y no se lo ha quitado ni un día desde entonces.

-«All the single ladies. All the single ladies. Now put your hands up...» -empieza a cantar Paula, haciendo que salga de mi letargo y me centre de nuevo.

-Eres idiota -le digo levantándome y haciendo que los otros tres se rían a mi costa-. A ver, ¿por qué tengo que vestirme? Para comerme las uvas con tus padres y los míos no creo que deba ponerme de punta en blanco.

-Para eso no, pero para venir con nosotros, sí -me dice Marcos con esa sonrisa canalla, que hace que me apoye en la pared para no caerme de lo que me flojean las piernas. Paula se da cuenta -es que la colega se da cuenta siempre de todo, joder-, y aparto la mirada de ella porque, si sigue mirándome así, me pondré roja como un tomate y no me apetece nada en este momento.

Miro a Marcos arqueando una ceja, pidiéndole que se explique, y él me dice que ha convencido a nuestros padres para que nos dejen salir con ellos, con la promesa de que Pedro y él velarán por nuestra seguridad. Ahora sí, observo a Paula en busca de una confirmación y, cuando la obtengo, salto, grito, y corro hacia mi habitación para no perder más tiempo. Paula me sigue, por supuesto, y aunque parezca mentira, en media hora estamos vestidas, peinadas y maquilladas. Fuera hace frío, así que las dos hemos optado por pantalones. Yo, un mono negro con escote palabra de honor, y ella, unos vaqueros con un top de tirantes plateado. Bajamos las escaleras corriendo, les damos las gracias a nuestros padres por milésima vez, cogemos abrigos, bolsos y nos dirigimos al coche, donde los chicos ya nos están esperando, Javi incluido, que es quien se encargará de traernos luego de vuelta.

-¿Sabes? Deberías decírselo, en serio -me giro hacia Paula sobresaltada, esperando que nadie la haya escuchado. Aún no hemos abierto la puerta del coche, pero las risas de los chicos se oyen de forma alta y clara-. No me mires así, Eva, de verdad. No lo digo para fastidiarte ni porque crea que vas a hacer el ridículo. Al contrario.

-Ya hemos hablado antes de esto. Es una tontería, y no quiero hablar más. Te lo conté porque

eres mi mejor amiga y jamás te he ocultado nada, pero no quiero que vuelvas a sacar el tema, y menos con ellos tan cerca.

-Pero, Eva, mi hermano de verdad que...

-¡Cállate! -le grito más alto de lo que debería. Sé que lo hace por mi bien y porque cree que tengo alguna posibilidad. Pero yo sé que eso es mentira-. Que yo le guste a Marcos más allá de lo fraternal es como que un elefante se junte con una hormiga. Son cosas matemáticamente imposibles. Solo hay que ver la clase de chicas que lo rondan. Déjalo estar, ¿vale? Yo sé que lo haces por mi bien y que te encantaría, pero quiero olvidarme de esto. Por favor...

Me mira con resignación, pero al final asiente. Cuando llegamos al coche, antes de subir en él, le doy un beso en la mejilla a Paula, quien me da una palmada en el culo como respuesta.

Voy en medio, entre Paula y mi hermano, y me falta el aire. Además, los dos están hablando de una serie que ven juntos, que yo no tengo ni idea de cuál es, y me pierdo y mareo en la conversación. Cuando por fin llegamos al chalet donde se celebra la fiesta, salen todos escopetados, menos mi hermano, que me espera para entrar conmigo. Paula está saliendo con Jon, un amigo de los chicos, y, aunque me ha jurado que va a estar conmigo todo el rato, sé que es una promesa que no va a cumplir. No la culpo. Su novio/rollo/como se quiera llamar está muy bueno.

Me sabe mal que Pedro esté todo el rato conmigo. Es cierto que yo no conozco a mucha gente y que soy tímida, pero él ha ido con sus amigos y tiene derecho a divertirse, no a hacer de niñera. Así que le digo que me voy con unas amigas que he visto y que luego nos vemos. Me cuesta convencerlo, pero al final acepta y me deja libre.

Recorro las distintas estancias. Me recuerda a las fiestas universitarias que veo por la tele. Paula ha venido un par de veces a verme, pero la convido también de que se vaya con su chico. Javi está con su novio, y a Marcos hace rato que le perdí la pista. Poco a poco me voy soltando y me lo paso bien. No bebo mucho, pues el alcohol y yo no somos muy amigos, pero sí bailo y veo cómo juegan a varios juegos de borrachos. Le digo a Esther que vuelvo en un momento, pues creo que la vejiga me va a explotar. Antes de poder llegar a las escaleras, me encuentro con Fran, el primer chico que me besó. Esta es la casa de su primo, casualidades de la vida, y ha venido con su novia. Subimos al piso de arriba y me la presenta. Es una chica muy agradable, para lo poco que hablo con ella. Pero de verdad, es que no puedo más. Necesito ir al baño. Salgo de la habitación en la que estoy y miro el resto de puertas cerradas que hay en el pasillo. No tengo ni idea de cuál es. Me decanto por una, pero cuando estoy a punto de girar el pomo, esta se abre y salen dos personas despeinadas. Ella, bajándose la falda y él, con la camisa medio desabrochada y el pelo que parece que haya metido los dedos en un enchufe. ¿En serio? Yo creía que estas cosas solo pasaban en las películas. ¿No saben arreglarse antes de salir? Pero cuando reconozco ese cuerpo, esos pantalones, esa camisa..., el corazón empieza a bombearme muy fuerte, tanto que creo que se me va a terminar saliendo del pecho. Cierro la mano en un puño, clavándome las uñas en la palma. Debería levantar la cabeza, pero no puedo. No quiero.

-Eva... -No sé si de verdad ha pronunciado mi nombre o me lo estoy imaginando, pero eso hace que por fin deje de mirar al suelo para mirarlo a él.

Error.

Sus ojos se encuentran con los míos. Esos ojos marrones en los que me he perdido tantas veces, que me persiguen aunque intente huir de ellos... Esos ojos que ahora están abiertos de par en par y me miran entre avergonzados y escandalizados.

Noto como un nudo se me forma en la garganta, impidiéndome respirar, y como las lágrimas

luchan por salir de mí.

-Mira a quién tenemos aquí. ¿Qué pasa, Evita? ¿A qué viene esa cara? No me digas que estás escandalizada por ver a dos personas que acaban de echar un polvo. Pobrecita.

Las palabras de María me traspasan como un puñal. No me había dado cuenta de quién era la chica, pero no podía ser otra que ella, la más zorra de toda mi clase, la única empeñada en hacerme la vida imposible y obsesionada con Marcos y Pedro desde que aprendió a abrir esa boca que tiene.

No me paro a escuchar qué más tiene que decirme; salgo corriendo escaleras arriba. No me importa el grito de Marcos llamándome, ni cómo manda a María a la mierda y ella le grita a él; solo quiero subir, seguir subiendo y no parar. Pero debo hacerlo, pues las escaleras han terminado. Abro la puerta que tengo justo enfrente y me encuentro con otras escaleras, que, intuitivo, deben de llevar a la azotea. Al llegar arriba, veo una pequeña terraza. Sin pensármelo mucho, abro la puerta y salgo. El golpe de frío me recibe, poniéndome la piel de gallina, y me maldigo por no haber cogido la chaqueta. Pero, claro, no sabía que iba a salir fuera. Me siento en el suelo, con las rodillas flexionadas y abrazándolas contra mi pecho, intentando entrar en calor. Me limpio una lágrima solitaria y me prohíbo seguir llorando, menos aun cuando noto la puerta abrirse a mi espalda. No hace falta que me gire, ya sé quién es.

Se sienta a mi lado, bien pegado a mí. Lleva una cazadora en la mano; no sé de dónde la ha sacado, pero me la coloca por encima y después me pasa el brazo por los hombros. No decimos nada, nos quedamos en silencio escuchando el ruido de la fiesta de abajo y mirando las estrellas, o las pocas que pueden verse. Comienza a trazar círculos por mi brazo. Siempre lo hace cuando está nervioso. Seguimos sin hablar, y yo me preparo para recibir el nuevo año. Si no me equivoco, faltan apenas unos minutos.

-No ha pasado nada. No es verdad lo que te ha contado María -dice por fin Marcos. Y yo no sé si me siento aliviada o no. De todas formas, no quiero analizarlo. Ni ahora, ni luego, ni nunca.

-Olvídalo, no tienes que darme ninguna explicación -le digo sin mirarlo a la cara, y es verdad, no tiene que rendirme cuentas.

-Pero yo quiero hacerlo. Eva, mírame, por favor. -Con la mano libre, me coge de la barbilla y me gira para poder quedar cara a cara. Dios mío, es tan guapo. A veces me pregunto cómo he podido enamorarme de él, pero, cuando me mira, cuando lo hace de la manera en la que lo está haciendo ahora, solo puedo pensar en cómo no iba a hacerlo-. No ha pasado nada con María, te lo juro. -Lo miro arqueando una ceja, porque, vamos, uno no sale como han salido esos dos si no ha pasado algo. Marcos resopla, porque ha entendido muy bien lo que le estoy diciendo-. Sí, vale, nos hemos besado, pero no hemos... Ya sabes..., nosotros no hemos... Joder.

-No os habéis acostado. No te la has tirado. Lo que sea. -La cara de Marcos no tiene precio, y la mía tampoco, que es más fría que el mármol, aunque por dentro esté temblando como un flan. Me mira y comienza a negar con la cabeza. ¿Me siento mejor conmigo misma? No. No será con María, o con Laura, o con Natalia..., pero será con alguna. Siempre es con alguna-. Ya te lo he dicho, no tienes que darme ninguna explicación. Me ha sorprendido, eso es todo. Me habría pasado lo mismo si hubiera visto a Pedro o a Javi. Mis ojos no están preparados para esas cosas, y mis oídos tampoco. Me ha impactado y ya está.

Noto a Marcos tensarse a mi lado y como aprieta los puños. Pero su cara no refleja sentimiento alguno. Se limita a mirarme con el mismo rictus que antes. Estoy tentada a preguntarle si está bien, porque durante varios minutos no pronuncia ni media palabra. Al final, se gira y mira hacia delante, sin soltarme. Yo lo imito y así, los dos solos, recibimos el año nuevo. Vemos unos fuegos artificiales a lo lejos, y la gente grita y la música suena más

fuerte todavía, si es que eso es posible.

-Feliz Año Nuevo, Marcos.

-Feliz Año Nuevo, pequeña. -Es la primera vez que me llama así, y me ha gustado tanto que estoy tentada a pedirle que me lo susurre de nuevo. Me da un beso en la sien, y yo apoyo la cabeza en su hombro, sin decir nada más ninguno de los dos, solo disfrutando de este breve momento. Los dos solos.

-¿No quieres estar abajo, con los demás? -le pregunto al cabo de un rato, cuando ya he alejado la cabeza de su hombro, pero él no su brazo del mío-. ¿Con María? -Aunque decir su nombre sea como tragarme un puño de acero, lo hago, tanteando de reojo su reacción.

Se gira despacio hacia mí, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y, acercando su mejilla a la mía, me susurra en el oído:

-Estoy donde quiero estar. No me imagino empezando el año con otra persona que no seas tú. -Vale, no puedo evitar que las mariposas vuelvan a mi estómago, revoloteando libremente y poniéndolo todo del revés, y que una sonrisa se extienda por mi cara. Es el efecto que este chico provoca en mí.

Se aparta un poco para quedar cara a cara y nos sonreímos. Da igual la tensión que haya entre nosotros; al final, siempre se esfuma igual de rápido que ha venido. Se acerca y me da otro beso en la sien, y yo me permito cerrar los ojos un segundo para sentirlo bien en todo mi cuerpo. Apoya su frente en la mía y me recuerda esa frase que, no sé por qué, no me permite olvidar:

-Eres mi chica preferida. Lo recuerdas, ¿verdad?

Yo asiento y sonrío. Cuando se separa de mí, puedo percibir un brillo diferente en sus ojos, pero no sé a qué se debe. Sé que debería oír los gritos de la ciudad celebrando el nuevo año, pero solo escucho los latidos descontrolados de mi corazón. Para romper esta tensión que se ha creado entre nosotros, reacciono de la manera más infantil posible: dándole un puñetazo juguetón en el hombro. Él se queja de que le he hecho daño, como siempre, aunque apenas lo he rozado. Decidimos bajar a la fiesta porque nos estamos congelando aquí fuera; me riñe por no coger chaqueta y acabar siempre con la suya. Me tropiezo bajando las escaleras; él se ríe y me llama patosa. Llegamos a la fiesta y me suelta para irse con sus amigos después de guiñarme un ojo. Yo busco a Pedro, el cual me da un abrazo tan fuerte para desearme feliz año que me deja sin respiración. Aparece Javi y lo imita. Busco a Paula y nos abrazamos y saltamos como si no nos hubiéramos visto en años. Saludo a todo el mundo, dando besos y abrazos a gente que ni siquiera conozco; bailo, salto, corro, río... e intento no hacerle caso a eso que oigo crujir poquito a poco, y es que no soy consciente todavía de lo que es un corazón que se va rompiendo, despacio, y cómo puede haber tantas maneras de ocultarlo y, sobre todo, de engañarnos a nosotros mismos.

∞

Hace siglos que no voy a ningún sitio. Los exámenes me han tenido recluida en una especie de cueva y ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que salí a ver las luces de la ciudad por la noche; el hecho de ir a la tienda de la esquina a por provisiones para las sesiones de estudio no cuenta.

-No tengo ni idea de lo que ponerme.

Paula ha venido a mi casa a vestirse y lleva media hora con el armario abierto, en bragas y sujetador y haciendo puchereros mientras coge una prenda de ropa, se la prueba por encima, da una vuelta ante el espejo, arruga el entrecejo, dice que no y la tira a la cama. Ya he aprendido a no hacerle mucho caso cuando le vienen estas neuras, porque al final terminará poniéndose lo

primero que vio. Eso sí, espero que vuelva a colgar todo eso en el armario, o esta noche cuando llegue a casa voy a terminar durmiendo entre un montón de faldas, vestidos, pantalones y camisetas.

-A mí me gustaban los pantalones negros que has sacado al principio.

-Buff. ¿Sí? No sé. Creo que necesito algo que me haga más culo.

-Pues ponte los vaqueros con los rotos en las rodillas.

-No, esos te los vas a poner tú.

-Pues yo me pongo otra cosa.

-No, no y no. Eso sí que no. -Paula se gira para mirarme seria y cabreada, como una madre miraría a su hija cuando ha hecho algo mal y le va a echar la bronca del siglo. Estoy sentada en la cama en plan indio, también en ropa interior-. Punto número uno: es tu cumpleaños y debes ir explosiva. Hoy eres la reina, nena. -Y tan reina. Me ha comprado una puñetera corona. Según ella, no se cumplen veintitrés todos los días-. Punto número dos: hoy es el día, lo presiento, y voy a hacer que se caiga de culo al verte.

-Déjalo ya, Paula. Te lo he dicho antes y te lo digo ahora. No estoy interesada.

-Ja. Eso no te lo crees ni tú.

Resoplo, pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama para vestirme. Al final llegaré tarde a mi propia fiesta. Cojo el pantalón de las narices, el top negro con la espalda al aire que me ha regalado Paula por mi cumpleaños y los zapatos rojos de tacón, y salgo de la habitación para ir al baño, pero Paula me intercepta por el camino.

-Mírame.

-No quiero. -Se mueve hasta quedar cara a cara y me da un golpecito en la frente.

-¿Me acabas de dar un capirotazo?

-Si te comportas como una pava, es lo que hay.

-Eres lo peor. ¿Qué quieres?

-Ya lo sabes.

-Y yo he dicho que no. Punto. -Me giro para irme, pero no he dado ni dos pasos cuando me para de nuevo.

-Eva...

-Basta. No pienso declararme a tu hermano. Esto es absurdo y va siendo hora de que lo olvidemos. Tú y yo. Las dos. Estamos hablando de Marcos. ¡Marcos! Me ha visto en pañales, nos hemos bañado desnudos en las bañeras de las casas de nuestras madres..., ¡Incluso he hecho una guerra de pedos con él! ¡Por Dios! Para él soy lo mismo que tú. El coñazo de su hermana pequeña. No pienso seguir alimentando este enamoramiento infantil que tengo y que no me aporta nada más que dolores de cabeza. Estoy cansada y, como he dicho antes, es absurdo. Así que te pido por favor que lo dejes estar. ¿Vale?

-Pero es que no es verdad. Para él no eres como yo. Lo sé. Veo cómo te mira y te puedo asegurar que a mí no me mira igual, porque entonces tendríamos un problema muy grave que se llama incesto. -Resoplo y me muerdo el carrillo para no gritar. Paula se acerca hasta mí y me coloca las manos en los hombros. Me sonríe, pero no en plan burla, sino que me regala su sonrisa cariñosa, esa que siempre me dedica cuando quiere darme muchos ánimos por algo-. Nena, mi hermano mataría por estar contigo.

-Tu hermano mataría por estar con cualquiera que tenga dos buenas tetas.

-Eso no es verdad. -La miro con cara de «¡venga ya!»-. Vale, no del todo. Pero, por estas dos, mataría mucho más -me dice mientras me las toca, haciéndonos reír a las dos. Le doy un manotazo y aparta las manos, poniéndose seria otra vez-. No le he dicho nada en todo este

tiempo por ti, porque tú me lo has pedido y lo he respetado, pero ya está bien. Me mata veros a los dos haciendo el gilipollas.

-He dicho que no quiero que le digas nada. Me moriría de vergüenza y no sé si podría soportarlo. Tengo veintitrés años, Paula. Si hubiera querido cualquier cosa conmigo, me habría dicho algo, ¿no crees? Me lo juraste, y un juramento nuestro no puede romperse.

-Eres muy cabezota. Lo sabes, ¿verdad?

No contesto. Me encojo de hombros y sonrío, aunque la sonrisa no llega hasta mis ojos. Es cierto que estoy un poco cansada. Cansada de esperar por algo que nunca va a ser mío como a mí me gustaría. Y lo que le he dicho es cierto. Ya tenemos una edad, si quisiera algo conmigo, me habría dado una señal, ¿no? Aunque si su señal es ligar hasta con la planta decorativa del bar, pues entonces sí, me ha dado muchas.

Tampoco puedo decir eso. Marcos no es de los que se acuestan cada día con una. Por lo menos deja un día de descanso entre una y otra.

¡Joder! Eso tampoco es cierto. Pero sí es cierto que se ha acostado con muchas. No ha tenido novias, eso no, pero no quiero pararme a pensar en todas las que han pasado por su cama. No me apetece empezar así mi cumpleaños.

Ya es hora de que cierre este capítulo de mi vida y me centre en otros peces. Hay muchos, y muy guapos, alguno debe ser para mí, ¿no?

Paula me suelta, se mete en el cuarto a por la ropa y yo en el baño a cambiarme y a pintarme. Antes, cuando he salido de la ducha, no me he secado el pelo, y ahora está un poco encrespado, así que me hago una coleta de caballo. Además, así se verá bien mi espalda desnuda. Me pinto los ojos con raya y sombra negra y me pongo rímel transparente. Decido pintarme los labios de rojo, a juego con los zapatos. Estoy en ello cuando Paula entra en el baño, vestida y pintada. Cuando quiere, es más rápida que el correcaminos. Me río cuando la veo. Se ha puesto el pantalón negro del principio. Me saca el dedo corazón y yo le lanzo un beso, todo a través del espejo, pues está apoyada en el marco de la puerta, a mi espalda.

-¿Sabes? Tienes razón -me dice, muy seria para lo que es ella.

-¿Sobre qué?

-Si alguien te quiere, debe tener los cojones de decírtelo.

Cuando llegamos al restaurante, ya están todos allí. Si es que yo lo sabía, y lo intento, pero la puntualidad no es lo mío. Mi hermano ha venido con Marta. Llevan poco tiempo saliendo, me cae genial. Hemos congeniado muy bien y es una chica estupenda. Están tan enchochados que parecen siameses.

Han venido el resto de nuestros amigos. Él también, por supuesto. Aún no me ha visto. Está de espaldas a mí. Lleva pantalones vaqueros, una camiseta negra y está mirándole las tetas a la amiga de Marta, que ahora mismo no sé cómo se llama. Ni me importa. Alguien me da una palmada en el culo; me giro y es Paula, quien me guiña un ojo y me susurra:

-Hoy eres la reina, no dejes que nadie te haga sentir menos. Te lo mereces todo, nena. Mira a Raúl, no te ha quitado los ojos de encima desde que has llegado. Dale una oportunidad a la felicidad. Nadie se la merece más que tú.

Raúl es un nuevo amigo de mi hermano y de Marcos. Ha estudiado Medicina, especializándose en Ginecología, y el tío no está mal. Nada mal. Ha tonteado conmigo un par de veces, pero nunca ha ido más allá, supongo que porque yo no estaba muy receptiva. Es muy simpático, además de divertido. Y, qué coño, Paula tiene razón. Además, solo quiero divertirme, no es que planee nada serio con él.

Me paso toda la noche con Raúl. No sé cómo, pero hemos terminado sentados los dos juntos

en la cena. Me ha estado contando cosas de su carrera: algunas con las que me han dado ganas de salir corriendo y vomitar todo lo que estaba comiendo, y otras en las que me he agarrado la barriga de la risa que me ha entrado.

-Te lo juro. No sabía dónde meterme. Imagínate la situación: yo ahí, tomando notas mientras el doctor cogía muestras para una citología y la mujer gemía. ¡Gemía! No sabía dónde meterme. Estuve a punto de agacharme y esconderme debajo de la mesa.

Cuando terminamos de cenar, decidimos tomar la última en el pub de Javi. Raúl me pregunta si quiero ir con él en el coche. Estoy a punto de decirle que voy con Paula cuando una voz nos interrumpe.

-Ya la llevo yo.

Levantamos los dos la cabeza y nos topamos con unos ojos negros, cuando deberían ser marrones. Marcos nos mira de una forma tan intensa que asusta. No puedo decir que me haya olvidado de su presencia, pero sí que había pasado bastante desapercibida. El tono de voz que ha empleado me ha puesto los pelos de punta. Miro de reojo a Raúl, a ver si él también lo ha notado, pero está callado. Serio. No dice nada. Se miran fijamente, como retándose, y a mí me resulta hasta un pelín incómodo.

-Creía que íbamos a ir juntos.

Le dice la pechugona amiga de Marta a Marcos, mientras le restriega las tetas por el brazo. Pero es como si ni la notara, porque no le presta ningún tipo de atención, sigue mirándonos a nosotros.

«¿Quién coño se cree que es?». Siempre está igual, boicoteando y actuando como un cavernícola con los tíos que me hacen un poco de caso. Pero ya está bien. Él estaba retozando antes con la melones y yo no me he quejado. Además, hemos quedado en que pasaría de él.

-Claro, me encantaría ir contigo -le digo a Raúl, quien se gira para mirarme con la sonrisa dibujada en la cara.

No vuelvo a mirar a Marcos.

Llegamos al pub, y está como siempre, lleno hasta los topes. Paula se va tras la barra para ayudar a su hermano y servir nuestras bebidas. Javi se acerca a mí y me da un beso mientras me canta Cumpleaños feliz a pleno pulmón. Me dice que todas las copas que tome esta noche serán gratis y se marcha a seguir atendiendo y a sacar a su hermana de ahí, pues ya ha invitado a tres chicos a chupitos.

Cuando llevamos ya casi una hora, decidimos salir a la pista a bailar un rato. Todos menos Marcos. No se ha movido del sitio en toda la noche. De hecho, creo que tetas grandes hace rato que se ha marchado, porque no la veo rondando a su alrededor.

De repente, empieza a sonar Señorita, de Justin Timberlake. Raúl me tiende la mano y yo se la acepto. Me da un par de vueltas hasta que mi espalda queda contra su pecho; me abraza por la cintura. Nos movemos al son de la música, rozándonos. Me siento bien, la verdad. Me doy cuenta de que me gusta estar entre sus brazos. Son fuertes y me siento segura entre ellos. Hace tiempo que han desaparecido los problemas, dudas y cualquier cosa que pudiera haber tenido esta tarde. Creo que podría gustarme alguien como Raúl. De repente, noto que se acerca más a mí; una mano sigue sujetándome por la cintura, mientras la otra se ha ido a mi cadera, que acaricia con delicadeza. Su nariz roza mi cuello, poniéndome la piel de gallina y haciendo que me recorra un escalofrío desde el dedo gordo del pie hasta la cabeza. Él lo nota, lo sé, porque su pecho vibra por la risa. Acerca su boca a mi oído y me canta un trozo de la canción, consiguiendo que los pelos se me pongan de punta:

«When I look into your eyes

*I see something that money can't buy
And I know if you give us a try
I'll work harder for you, girl
And no longer will you ever have to cry».*

Lo miro por encima del hombro, me guiña un ojo y yo le sonrío. Como he dicho antes, creo que podría llegar a enamorarme de alguien como él. ¿Por qué no?

Nos olvidamos del resto de la gente del bar; seguimos bailando; paramos para beber de vez en cuando; nos reímos mucho y al final de la noche me acompaña a casa, donde me da un beso muy dulce de despedida.

Cuando ya estoy metida en la cama, con una sonrisa bobalicona en la cara, justo antes de cerrar los ojos, me doy cuenta de que no me he enterado de cuándo se ha ido Marcos de allí.

Bien por mí. Estoy madurando.

CAPÍTULO

TRES

Marcos

Ya son más de las ocho y oigo el timbre de nuevo. He estado en la misma posición toda la tarde, tumbado en la cama.

He estado tentado un par de veces a bajar y echarle una mano a Paula, sobre todo cuando la he oído maldecir o se han escuchado algunos platos romperse, pero al final no lo he hecho. Me he recluido en mi cueva especial para poder respirar hondo, tranquilizarme y hacerme a la idea de que no hace falta que ensaye, espere días o provoque encuentros. La tendré justo a mi lado en un par de minutos.

Después de escuchar cómo vuelven a llamar al timbre, me convengo de que es hora de levantar el culo y salir de mi encierro; no creo que quede muy bien llegar el último a tu propia fiesta. Me extraña que Paula aún no haya subido a buscarme, ni Pedro, ni Javi, a los que he oído llegar entre gritos y risas. A la que no he escuchado todavía es a ella. ¿Ya estará aquí? ¿Faltará mucho para que venga?

De repente me entran las prisas, así que me levanto de la cama, me pongo lo primero que pillo por el camino, que es una camiseta blanca que tiene más años que mis hermanos y yo juntos, unos pantalones vaqueros cortos y unas chanclas; abro la puerta, y justo cuando estoy saliendo, la oigo.

Es ella.

Reconocería ese sonido en cualquier parte.

Se está riendo. Cierro la puerta despacio detrás de mí, cerrando también los ojos, y dejo que mi espalda se apoye en ella mientras la recuerdo. Su pelo, su sonrisa, su manera de mover la nariz cuando la risa le hace incluso abrir la boca. Cómo se la tapa con la mano porque piensa que es demasiado escandalosa, cuando en realidad es el mejor sonido del mundo. Cómo sus ojos brillan e incluso se le escapa alguna lágrima. Y cómo siempre se recoge el pelo en una coleta para después volver a soltarlo siempre que habla contigo. O cómo enreda el dedo en un mechón de pelo, haciendo tirabuzones con él, porque no puede tener las manos quietas

Abro los ojos, intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta y empiezo a bajar las escaleras.

Es el momento. Mientras voy bajando, me autoconvengo de que no puede odiarme.

Ella nunca odia. No está en su naturaleza. Ni siquiera cuando se convierte en el blanco de las bromas. Se indigna, se hace la ofendida, pero ese enfado dura menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

Salgo a la terraza con la mejor de mis sonrisas. Están casi todos mis amigos y mi hermano, pero a ella no la veo. Los saludo a todos dando palmaditas en la espalda a unos y dos besos a otras, y cuando llego hasta Pedro me detengo el doble de tiempo.

-Te he echado de menos, tío.

-¿Cuánto de menos? A ver si ahora tengo que empezar a preocuparme o a mirarte con otros ojos.

-Vete a la mierda.

No le estoy diciendo nada que no sea verdad. Es cierto que hemos hablado casi a diario, pero la última vez que lo vi fue hace más de año y pico, cuando vino a visitarme a la ciudad de los rascacielos. Y aunque las nuevas tecnologías están muy bien, la carne es la carne, qué coño.

Riéndonos de nuestra propia gracia, nos damos un abrazo. Nunca hemos tenido problemas en

demostrar nuestro cariño en público, y no vamos a empezar ahora. Además, necesito este abrazo, porque estoy de los putos nervios, aunque intente disimularlo detrás de esta sonrisa postiza. Se me está estirando tanto la cara que luego me va a costar hacerlo volver todo a su sitio, y es que llevo más de diez minutos aquí dando vueltas, viendo caras y caras, pero ninguna es la suya.

Ya está. No lo soporto más.

Si no está en la terraza con todos, debe de estar en la cocina con mi hermana, a quien tampoco veo por aquí. Intento mirar por la cristalera, pero hay muchas personas y objetos obstaculizándome la vista, así que decido cortar por lo sano y entrar. Me sudan las manos de tal manera que me da hasta vergüenza que alguien me dé un apretón. De forma disimulada, las restriego contra el pantalón, le quito la cerveza a Pedro de las manos ignorando sus quejidos y me doy media vuelta para encaminarme hacia allí. Conforme me voy acercando oigo susurros, y el corazón comienza a latirme más fuerte, algo que yo creía imposible. Enderezo la espalda, dejo la cerveza vacía en la mesita que encuentro justo a mi lado, cojo fuerzas y entro.

Ahí está, de espaldas a mí, ayudando a mi hermana con lo que, creo, son los aperitivos. No puedo verle la cara, pero no me hace falta para saber que estará preciosa. Lleva un vestido blanco que realza su bronceado y el pelo rubio suelto, que le cae sobre la espalda medio desnuda. Mis ojos tienen vida propia y se dirigen raudos y veloces a su culo, que se marca bajo el vestido, el cual no le cubre ni la mitad de los muslos. Paula siempre le ha dicho que tiene el culo de Beyoncé, y ella se cabreaba. Qué tontería. Tiene el mejor culo del mundo. No lo digo por decir. Lo he visto. Lo he tocado.

Niego, intentando eliminar de mi cabeza los recuerdos que me apabullan, y me centro en el aquí y el ahora. Ninguna de las dos se ha percatado de mi presencia, así que decido llamarla.

-Hola, Eva -le susurro, porque si lo digo más alto percibirá el temblor en mi voz.

Lo he notado. Ha sido una milésima, pero he visto de forma muy clara cómo se le han tensado los hombros y la espalda, y ha dejado de reírse en el acto.

Lentamente, se gira, con la cabeza gacha, mirando el suelo blanco de la cocina. Despacio, comienza a levantarla, hasta que sus ojos se encuentran con los míos. Ahí están esos ojos verdes en los que me he perdido durante tantas noches en los últimos años, y es que son tal como los recordaba. Intento descifrar lo que tratan de transmitirme, y lo único que logro ver en ellos es... ¿sorpresa?, ¿es que no sabía que iba a venir? Un sinfín de preguntas me inundan la cabeza, pero todas tienen respuesta: ella me la da. En un susurro tan bajo que hasta me cuesta entender, me pregunta:

-¿Qué estás haciendo aquí?

∞
Eva

Anoche soñé con él.

Hacía mucho tiempo que no me pasaba, pero hoy ha decidido hacerme una visita. Me he acordado de tantas cosas... Momentos que hemos vivido juntos; buenos, malos y regulares, que demuestran de nuevo algo que he intentado negar, y es que siempre ha estado en mi vida. Pero ¿cómo no iba a ser así? Nuestras madres son amigas desde que llevaban pañales, y todos nosotros hemos seguido el mismo camino.

Cuando me he despertado, jadeaba, cansada, como si hubiera corrido la maratón. Las sábanas me molestaban, y las lágrimas silenciosas habían vuelto a hacer acto de presencia. Esas que me juré no volver a derramar por él nunca más. Y aunque he intentado volver a dormir, ha sido imposible.

Antes de levantarme, no he podido evitar hacerme esas preguntas que me llevan atormentando

tanto tiempo: ¿qué estará haciendo en este momento?, ¿pensará en mí como yo pienso en él? De lo que no tenía ni idea era de que iba a conocer las respuestas antes de lo que me imaginaba.

Y ahora lo tengo aquí, delante de mí, lo justo para andar unos pasos y poder tocarlo. Nos miramos de forma tan intensa que parece que estemos solo nosotros dos en esta casa. No escucho el murmullo de la gente que está fuera, ni la música; y ahora mismo, que se queme la salsa que he puesto al fuego o que me haya puesto más roja que un tomate, me importa entre bien, poco y nada.

Solo me importa él. Marcos.

-Hola -repite, mostrándome esa sonrisa que tantas veces ha conseguido que el corazón me temblara. Como ahora.

-¿Qué haces aquí? -le pregunto de nuevo, porque no sé qué otra cosa decir, la verdad. Marcos está aquí, en Valencia, y no en Nueva York. Pero, ¿por qué?

Noto cómo da un pequeño paso hacia delante, y yo por instinto me alejo más, o al menos lo intento, pero es inútil, tengo la encimera a mi espalda. Necesito un apoyo, algo a lo que aferrarme con todas mis fuerzas, porque creo que me voy a desmayar. El corazón me late tan fuerte que estoy convencida de que él puede oírlo. Ha dejado de sonreír y simplemente me mira a los ojos todo el rato, y me pone más nerviosa todavía. Intento apartar la mirada, lo juro, pero es como si un hilo invisible estuviera tirando de mí en una única dirección.

-Esta es mi casa.

-Lo sé..., pero tú... tú... no estabas aquí.

Lo sé muy bien. Se marchó hace tres años, dejándome un vacío tan grande que no sé si voy a ser capaz de llenarlo. No lo he conseguido en todo este tiempo, ¿cómo voy a hacerlo con él de nuevo aquí, rondando todos los días, compartiendo mi vida y la de los míos?

-He vuelto. -Lo miro levantando las cejas, porque, vamos, es evidente, lo tengo delante, me está hablando y no es un holograma-. El proyecto con el que estaba ha terminado y tenía ganas de volver a casa. Con los míos.

Dice ese míos muy serio, y nervioso, lo sé por cómo se frota la mano contra el pantalón. Él y sus manías. Odio conocerlo tan bien, y que él me conozca tan bien a mí.

Quiero preguntarle tantas cosas que no sé ni por dónde empezar, así que en vez de lanzarme a la primera de ellas, me quedo callada, empapándome de su presencia y de su aroma, el cual ha empezado a llenar la habitación.

De repente, un pensamiento cruza mi mente. No se ha sorprendido al verme. Cuando me ha llamado, cuando me he girado, ya llevaba la sonrisa en la cara, y en sus ojos se podía leer alegría y reconocimiento, no como en los míos, que eran de *shock* total.

Miro alrededor, buscando a mi amiga, y me doy cuenta de que no está, de que ha desaparecido cual Houdini. Incluso ha cerrado la puerta que da acceso a la terraza cuando ha salido, lo que nos ha dejado esta intimidad que me está agobiando por momentos, y es que... ¿cómo se puede querer abrazar y abofetear a una persona al mismo tiempo?

En ese momento, la puerta se abre y me da un susto de muerte. Pedro va directo a la nevera, sin notar la tensión que se respira entre los dos. A veces me gustaría ser un poquito como Pedro, que va por la vida libre y feliz, sin darles más vueltas a los problemas que no tienen solución, o a aquellos que se escapan de su entendimiento. Marcos se aparta rápido de mi lado, y me doy cuenta, entonces, de lo cerca que lo tenía. Normal que su aroma me estuviera perforando el alma, si es que un poquito más y podría haber apoyado la nariz en su cuello y olerlo entero. Así de cerca estábamos.

Odio que tenga este efecto en mí, de verdad. Que su sola presencia consiga volverme tan lerda. Me giro para ver el fuego y remover esa salsa y, de paso, serenarme un poco. Me muerdo el labio

inferior tan fuerte que me hago daño. Con la mano que tengo libre me lo rozo, para aliviar un poco el dolor.

-No te muerdas, te vas a hacer daño. -Miro por encima del hombro y veo a Marcos a mi lado, susurrándomelo al oído, provocando que baje la mano del labio, que la piel se me ponga de gallina, y que me entren ganas de darle con la espátula en la cara, ya de paso.

-¿Qué te parece la sorpresa? ¿Está muy cambiado desde la última vez que lo viste? -me pregunta Pedro mientras saca un arsenal de cervezas de la nevera. Niego con la cabeza mientras le respondo.

-No. Está... está igual. -Me giro para mirar a mi hermano y, con el ceño fruncido, le pregunto si él sabía que iba a volver.

-Pues claro, desde hace ya unas semanas.

-¿Y por qué no me lo habéis dicho?

-Paula nos ordenó que no te contáramos nada. -Se encoge de hombros como puede, pues lleva por lo menos diez cervezas en las manos, y cierra la nevera con el hombro-. Nos dijo que quería que fuera una sorpresa para ti, como no lo habías visto en todo este tiempo... Bah, yo qué sé, cosas de Paula. Y sabes que me da demasiado miedo llevarle la contraria, y que lo mejor es seguirle el rollo, así que eso he hecho. -Se dirige hacia la puerta, pero justo antes de salir, se gira y me pregunta:- ¿Sorprendida?

¡¿Sorprendida?! Eso es quedarse corta. Pedro no espera mi respuesta, sino que se marcha por donde ha venido. Miro hacia allí, al jardín, a ver si diviso a mi amiga, pero no lo hago. Estoy decidiendo si sentirme enfadada, rabiosa, contenta o desconcertada... cuando Marcos me coge del codo, girándome hacia él para estar cara a cara, y tan cerca que las puntas de nuestros zapatos se rozan. Me pierdo de nuevo en el marrón de sus ojos, en su pelo alborotado, más largo que la última vez que lo vi; en su nariz y en sus labios y mandíbula, por la que asoma una barba de hace unos días. Odio a los chicos con barba. Cuando me dan dos besos, me hacen cosquillas y me pica la cara, a veces incluso me salen rojeces, y a algunos les da aspecto de guarros. Pero a él... a él le queda genial. ¡Joder! Y es una mierda. Su barba no solo no pica, sino que me gusta que me raspe, acariciarla con los dedos y sentirla en mi mejilla cuando me da un beso.

-¿Puedo darte un abrazo?

Dejo de mirarle la barba con cara de obsesa y me centro en él y en su pregunta. ¿Qué debería decirle? Que vaya a abrazar a su abuela y que a mí no me toque ni con un palo.

Pero no lo hago, sino que asiento y me dejo envolver por él, por ese chico que significa tanto; por esa pieza indispensable en mi vida, el que me ha hecho reír más veces de las que recuerdo; me ha dado la mano cuando he tenido miedo; se ha quedado estudiando hasta las tantas porque yo no entendía las ciencias; se ha enfrentado con todos los que se han metido conmigo; me ha ido a recoger a la universidad cuando llovía para que no me mojara; me ha tomado el pelo; me ha llamado renacuaja desde que tengo uso de razón, a pesar de que sabe que lo odio...; pero, sobre todo, ha hecho algo que me acompañará siempre y que no puedo olvidar: me ha roto el corazón, en tantos pedazos que va a ser imposible que pueda volver a unirlos.

-Pequeña..., te he echado tanto de menos...

Las lágrimas ya ruedan por mi rostro sin control, y la realidad me golpea fuerte, esa que he intentado bloquear cuando lo he visto aquí, en la cocina, hace unos minutos. Me aparto, empujando su pecho. Al principio se resiste, apretándose más fuerte, pero le golpeo, gritándole que me suelte. Nota el llanto en mi voz y lo hace, dejándose libre y vacía al mismo tiempo.

-Eva...

-Ni Eva ni hostias. ¿Pero tú qué te has creído? ¿Que puedes aparecer así, de repente, y que yo me

voy a tirar a tus brazos?

-No... Yo la verdad es que no sé lo que pensaba, solo sé que tenía ganas de verte. Y de abrazarte.

-Pues mira, yo tengo ganas de que me toque la lotería y, fíjate tú, por más que juego a la Bonoloto, nunca me toca nada.

Me giro, dándole la espalda, de camino a las escaleras. No quiero montar un numerito delante de todo el mundo y sé que, si sigo hablando con él, voy a terminar chillando como la niña de *El exorcista* y no me apetece que todos se pregunten qué pasa con nosotros. Nadie sabe lo que ocurrió y espero que siga siendo así durante mucho, mucho tiempo. Si no, empezarán a rodar cabezas y no estoy de humor.

-Joder, no te vayas. Espera un momento y vamos a hablar -me dice sujetándome la muñeca y parándome en el primer escalón. Me giro y lo enfrento, pues ahora soy casi tan alta como él. Una risa sarcástica escapa de mi garganta, y tiro fuerte para soltarme de su agarre.

-No tienes derecho a decirme que me echas de menos. No me llames, no me toques y déjame en paz. -Resoplo con tanta fuerza que, ahora mismo, nos ponen juntos a un toro y a mí y no se sabe quién es quién-. Pero vamos a ver, Marcos, ¿tú de qué vas?

-No voy de nada, joder. Quiero hablar contigo, ¿tan difícil es de entender?

-¡¿Perdona?! Tú te estás quedando conmigo, es eso, ¿verdad? Te gusta verme perder los nervios. Te gusta llevarme al límite. Siempre ha sido así.

No es al límite de los nervios al que me refiero ahora mismo, o puede que sí. Da igual. La cuestión es que él entiende perfectamente a qué me estoy refiriendo, porque me mira entornando los ojos y frunciendo tanto el ceño que, como siga así, dentro de diez años va a tener unas arrugas acojonantes. Intento calmarme un poco, porque noto el corazón tronando en mi pecho y creo que de un momento a otro va a saltar del sitio.

Y no lo digo en sentido figurado.

-Mira, no te esperaba aquí, ¿vale? No tenía ni idea de que ibas a venir. Paula me dijo que íbamos a hacer una cena tranquila con el grupo y, desde luego, tú eras la última persona a la que tenía pensado encontrarme. Y créeme cuando te digo que no estoy ni de lejos preparada para enfrentarme a ti y a todo esto.

-Yo tampoco sabía nada, me lo dijo Paula esta mañana. Sabes que odio las sorpresas. Pero volver a verte... Eso es algo con lo que he soñado todos y cada uno de los días desde que me marché, y ahora que te tengo aquí no puedo dejar que te vayas, y menos de la forma en la que lo estás haciendo.

-Yo no soy la experta en marcharse, ¿recuerdas? Yo me quedé. He estado aquí todos y cada uno de los días, en el mismo sitio..., y tú no has aparecido. No me has escrito, no me has llamado ni he sabido nada de ti, solo lo que ellos -digo señalado hacia la terraza- me han ido contando. ¿Y ahora quieres hablar? ¿Ahora has vuelto y todo tiene que ser como tú quieras que sea? Pues no, se acabó.

-¿Y tú, Eva? Tú tampoco me has escrito. Que yo sepa no he recibido ninguna carta o mensaje tuyo. O llamada, ya puestos. ¿Es que eso no cuenta? ¡Joder! -grita, golpeando la pared para después apoyarse en ella, con las rodillas flexionadas, las manos sobre estas y la cabeza gacha. Abre y cierra un par de veces la mano con la que ha golpeado la pared. Por un momento estoy tentada de acercarme, cogerla y besársela. Pero desecho ese pensamiento tan rápido como ha venido. Me pinzo el labio, haciéndome daño otra vez, pero no puedo evitarlo. Un sollozo se escapa de mi garganta. Marcos levanta la cabeza de golpe y clava sus profundos ojos en mí. Veo tanta preocupación y desesperación en ellos que necesito aliviarlo, pero no puedo. Tengo que escapar de aquí. Así que me giro y comienzo a subir de nuevo las escaleras.

¿He dicho que una de las cualidades de Marcos es la obstinación? ¿No? Pues aquí está. Y es que me sigue, cogiéndome por los hombros para impedir que pueda seguir subiendo. O, más bien, escapando. Esta vez no me aparto, y no lo hago porque su contacto me quemara a tantos niveles que consigue paralizarme entera.

-No puedo, de verdad que no. Entiéndeme.

-Te pido cinco minutos, solo cinco, y te dejo tranquila. Pero tenemos muchas cosas de las que hablar; necesito explicártelo todo y que tú lo entiendas. -Nos quedamos en silencio, él esperando una respuesta, y yo deseando cerrar los ojos y que, cuando vuelva a abrirlos, nada de esto esté pasando.

-Te marchaste. No estabas. ¿Tú sabes lo difícil que fue para mí?

-También lo fue para mí.

-Ya, bueno, puede ser. Pero yo no salí corriendo.

Noto como se le tensan los músculos de las manos con las que me está agarrando. Poco a poco me suelta, dejando desnudos mis hombros. Eso le ha dolido, él lo sabe y yo también. ¿Lo he hecho para hacerle daño? Sin duda. ¿Me lo he hecho a mí también? Sí.

Cuando vuelve a hablar, lo hace en un tono tan serio y tan duro que consigue ponerme los pelos de punta.

-No. En eso tengo que darte toda la razón. Tú simplemente...

Pero no puede terminar la frase. Alguien golpea el cristal, sobresaltándonos a los dos. No me giro para averiguar quién es, sino que salgo corriendo escaleras arriba. No quiero oír lo que tiene que decirme. No quiero, porque hay mucha verdad detrás de esa frase. Una verdad con la que he intentado engañarme a mí misma durante mucho tiempo.

CAPÍTULO

CUATRO

Eva

He subido tan rápido las escaleras que por un momento he visto todos mis dientes clavados en ella. Pero no, he conseguido llegar sana y salva, y voy directa al baño de Paula con la intención de encerrarme allí el resto de la noche.

Me apoyo contra la pared y me dejo arrastrar hasta que mi culo toca el suelo. Doy un pequeño respingo, porque está frío y llevo vestido. Pero la verdad es que ahora mismo no me importa lo más mínimo, incluso me viene bien. Tengo unos calores que me están matando, y no es por culpa del sol infernal que hace en la calle.

Mil ciento veinticinco días.

¿Alguien lleva la cuenta?

Está claro que yo sí.

Esos son los días que llevaba sin verlo, ni siquiera en una de las múltiples charlas por Facetime o Skype que Pedro, sus hermanos o incluso nuestros padres hacían con él. Bueno, miento. Lo vi una vez de refilón, cuando estaba Pedro hablando con él; yo no lo sabía y entré en la habitación. Estoy segura de que no me vio, pues en ese momento tenía la cabeza echada hacia atrás porque se estaba riendo a mandíbula abierta. Me dio un pequeño pellizco el corazón; una, por verlo por primera vez después de lo que pasó, y otra por verlo feliz, cuando para mí era rara la noche en la que no me acostaba llorando. ¿Soy mala persona? Me da igual. Me molestaba verlo tan despreocupado cuando a mí me estaban carcomiendo tantas cosas por dentro.

Nunca quise ir a Nueva York. Viajaron todos, incluida mi madre, pero a mí siempre me surgía algo. Si a alguien le pareció raro, no preguntó, ni siquiera Paula, que era experta en mirarme de reojo mientras yo fingía no darle cuenta. Participaba en los regalos, aunque no podía firmar la tarjeta porque nunca estaba delante. Les decía a los demás que le mandarían besos y abrazos de mi parte, aunque nunca se los daba yo misma. Ponía la excusa de que me llamaban por teléfono o que tenía que salir corriendo para hacer un encargo cuando lo telefoneaban o era él el que lo hacía. Eso sí, mi móvil no sonó jamás.

Los primeros meses fue todo bastante raro y confuso. Me daba miedo que me llamara. Primero debía enfrentarme a lo que tenía aquí, a lo que yo había hecho. Pero después... después dormía con el teléfono abrazado, rezando para que sonara o para que me mandara un mensaje. A veces miraba su WhatsApp, la foto de perfil de los cinco que no se cambió ni una sola vez en todo este tiempo, esperando que saliera la palabra «escribiendo...».

Pero eso tampoco pasó.

Así que decidí olvidar. No a él, eso jamás podría hacerlo. Formaba y formará siempre parte de mi vida. Pero decidí olvidarlo como algo que una vez fue, algo que mi corazón anheló durante mucho tiempo y, al final, se dio cuenta de que era imposible conseguir. Seguí con mi vida. Con el ceño fruncido de Paula de vez en cuando, al que yo le hacía la vista gorda. Me permitía recordarlo en la intimidad de mi casa, pero nada más. ¿Algún día volvería? Suponía que sí. Aquí estaba su familia. ¿Cuándo? Ni lo sabía, ni me importaba. Ya me enfrentaría a eso cuando llegara el momento. Estaría preparada.

Pero, joder..., eso no ha sido así en absoluto. No paro de preguntarme por qué nadie me dijo nada. ¿Una sorpresa? ¿Acaso tenemos cinco años? Ahora mismo solo quiero bajar y gritarles a

todos ellos «¿por qué?», pero no lo voy a hacer. Debería dar explicaciones y ya he dicho que no puedo. Ni quiero.

Me levanto y me miro en el espejo. Tengo los ojos un poco rojos e hinchados. Cuando lloro, aunque sea lo mínimo, mi cara parece un cuadro, incluso se me forman unos pequeños puntitos rojos alrededor de la nariz. Me lavo y me seco despacio, como queriendo detener el tiempo lo máximo posible, o ralentizarlo. Lo que sea con tal de que pueda tranquilizarme y analizar lo que acaba de pasar hace un momento en la cocina, porque, cuando yo me he levantado esta mañana, no me esperaba nada de esto.

Abro el primer cajón, donde Paula guarda el maquillaje, y me aplico un poco en la cara, sobre todo en la zona de la nariz y los ojos. No me pongo nada más, ni siquiera pintalabios. Los tengo rojos por el llanto. Respiro hondo, como siempre me enseñó Pedro cuando estaba asustada de pequeña, y nerviosa de mayor, y me giro para enfrentarme a él y a lo que haga falta. Soy adulta y puedo con ello.

Giro el pomo y salgo, pero no doy ni siquiera dos pasos, porque me pego de bruces contra una pared. Cuando esta empieza a moverse, me doy cuenta de que no es una pared, es un pecho. No hace falta que me pregunte de quién es; su olor ya me ha quemado entera.

Levanto la vista y veo a Marcos, rojo por la ira contenida. No solo lo noto en su mirada, sino también en sus labios fruncidos. Sin decir nada, me coge de la muñeca y me arrastra hasta su habitación, cerrando la puerta de un portazo. Me apoya en ella, me enmarca el rostro con sus manos, apoya su frente en la mía y me dice:

-Lo siento.

No me da tiempo a réplica, pues sus labios ya están sobre los míos. No es un beso dulce, ni siquiera es bonito. Es fuerte, rudo, incluso me hace un poco de daño, pero me doy cuenta de que me da igual, porque yo también se lo estoy haciendo a él.

No es hambre. No es capricho.

Es necesidad.

Por su parte y por la mía.

Aprieta tan fuerte que parece que quiera fundirse conmigo. No se mueve, no intenta abrir mi boca ni tocarme en otro sitio que no sea la cara.

Debo apartarme, lo sé. Pero siempre lo he dicho: la teoría es muy bonita; la práctica es una mierda.

Así que levanto los brazos y apoyo mis manos en su cintura, atrayéndolo un poco más hacia mí. Y ahora sí, suaviza el beso. Ya no aprieta tan fuerte y, con los pulgares, ha comenzado a trazar círculos en mis mejillas. Y soy yo la que no espero. No puedo más; abro la boca y saco la lengua, rozando sus labios en una clara invitación para dejarme probarlo. De nuevo. Como esa última y única noche.

El beso comienza a volverse cada vez más intenso. Movemos la boca y la lengua en un baile sensual, como si estuviéramos sincronizados. Como si nuestros cuerpos se reconocieran sin problemas. Levanto los brazos hasta rodearle el cuello y él va bajando poco a poco, primero sujetándome por la cintura, mientras aprieta un poco el vestido, subiéndome por los muslos. Lo suelta y va bajando poco a poco, colándose por debajo de la falda, rozándome las piernas en suaves caricias hasta terminar justo debajo del culo. Nos separamos para tomar aire y poder mirarnos por fin a la cara. Él no aparta sus manos de mí, ni una milésima, y yo no las aparto de él: sin darme cuenta, se han colado por debajo de su camiseta y están sobre su abdomen, más fuerte y terso de lo que lo recordaba.

No hablamos; no podemos, o no queremos. Sabemos que si alguno abre la boca en este momento,

se romperá la magia. Sus ojos ya no son marrones, son negros, y tiene las pupilas dilatadas, cargadas de deseo y excitación. Seguro que igual a las mías. Nuestros pechos suben y bajan a mucha velocidad mientras se rozan. Sé que puede notar mis pezones duros como piedras, pero no mira en ningún momento en esa dirección; solo mira mi cara, supongo que intentando averiguar si puede o no puede continuar. Comienza a trazar pequeños círculos con los pulgares, poniéndome la piel de gallina. Necesito que me bese, que me toque, que me abrace. Lo necesito todo y, por un segundo, me odio por ello, por ser débil, por no poder parar. Tengo que empujarlo. Le he dicho que no quiero que vuelva a tocarme hace tan solo unos segundos. Y no es que me esté tocando, es que me está nublando el juicio.

Pero da igual, no puedo seguir pensando en nada más, porque ha subido las manos hasta mi culo y me lo ha agarrado con fuerza, haciendo que suelte un jadeo tan fuerte que creo que nos han oído abajo. Echo la cabeza hacia atrás, dándole vía libre a mi cuello. Noto la punta de la lengua de Marcos recorriendo mi garganta hasta llegar al lóbulo de mi oreja; la muerde. Debo de estar haciéndole daño, porque estoy agarrándome a su piel con todas mis fuerzas. Las piernas me flaquean y creo que me voy a caer. Pero ni parece molestarle que lo esté arañando, ni parece molestarle que esté dejando todo el peso de mi cuerpo en sus brazos.

Deja mi oreja para volver a mi boca, la cual comienza a devorar de nuevo, y yo me dejo, entera. En estos momentos, podría hacer conmigo lo que le diera la gana. Él jadea y yo jadeo. No escuchamos nada más que a nosotros mismos. Nos chocamos con los dientes, pero no nos importa. Chupamos, lamemos y seguimos empapándonos el uno del otro. Estoy tan mojada que me da hasta vergüenza. Ni siquiera me ha tocado ahí, solo nos estamos besando, y creo que voy a tener el orgasmo más intenso de toda mi vida.

Sigue subiendo por mi cuerpo, por debajo del vestido, que debe de parecer un gurrño, hasta alcanzar el borde del sujetador. Pero no intenta tocarme los pechos, sino que baja hasta la cintura, me alza en brazos y me obliga a rodearle la cintura con las piernas. Jamás lo he hecho en esta posición. Creo que me voy a caer, por lo que me agarro con fuerza a sus hombros. Nota la tensión en mi cuerpo, así que se aparta y, susurrándome al oído, me dice:

-No voy a dejar que te caigas.

Su voz siempre ha sido como un bálsamo para mí, ya lo he dicho antes, así que me relajo y me dejo hacer. Como puedo, bajo las manos hasta el borde de su pantalón para comenzar a quitárselo. Como ve que no puedo, pues mis propias piernas me lo impiden, es él quien termina de quitárselos, junto con los bóxers. No me deja mirar; me alza la barbilla con una mano, mientras con la otra aparta la tela de mis bragas, rozándome el sexo por el camino, consiguiendo que gimiera tan fuerte que tengo que morderme el labio otra vez para controlarme. Él lo acaricia con la lengua, haciendo que lo suelte, y luego me da un suave beso en él.

Nos miramos, marrón y verde enfrentados, sus ojos y los míos. Quieren lo mismo. Necesitan lo mismo. Mete tres dedos en mi interior de una estocada, y es que ya he dicho antes que estoy completamente empapada. Y eso le gusta; primero, por el grito que suelta, seguido de un taco y una sonrisa que no puede ocultar y que a mí siempre me ha hecho hiperventilar. Si es que soy patética, todo lo que tenga que ver con este hombre a mí me hace hiperventilar.

Saca los dedos, posa las manos en mi cintura, siempre por debajo del vestido y, así, sin dejar de observarnos ni un solo instante, entra en mí.

De la impresión cierro los ojos, porque necesito sentirlo en todas partes. Llevo mis manos hasta su pelo y lo agarro con fuerza. Él me sujeta fuerte por la cintura y comienza nuestro particular baile. Entra en mí una y otra vez, sin dejar de repetir mi nombre, tan bajito que por un momento creo que lo estoy imaginando. Yo también digo el suyo, y eso parece gustarle, porque bombea más

y más fuerte.

No dejamos de besarnos en ningún momento, porque nos necesitamos y para acallar nuestros jadeos; nos besamos la boca, la mandíbula; nos mordemos el lóbulo de la oreja e incluso consigue bajar la cabeza lo suficiente para besar mi escote. Intento abrir los ojos en más de una ocasión, pero todo brilla a mi alrededor y no logro enfocar bien la vista, porque estoy tan excitada que hasta la mente se me nubla. Le meto las manos en su gran mata de pelo y lo agarro con fuerza. Está suave y fuerte a la vez.

-Mírame, Eva. No dejes de hacerlo. No cierres los ojos.

Hago lo que me pide, porque necesito perderme en él en todos los sentidos posibles. Con él siempre me he sentido como si yo fuera Superman y él mi *kryptonita*.

Estoy cerca; lo noto y él lo sabe. Acelera el ritmo. Me sudan las manos, la espalda, y la cabeza me da vueltas.

Y así, con nuestras lenguas enredadas, nuestros cuerpos unidos y mirándonos fijamente mientras susurramos nuestros nombres, llegamos juntos al orgasmo.

Por segunda vez en nuestra vida.

CAPÍTULO

CINCO

Marcos

Ha vuelto a pasar lo mismo. Me he dejado llevar por mis instintos de hombre de las cavernas y aquí estoy: con Eva entre mis brazos, intentando poco a poco normalizar nuestras respiraciones. Las piernas no dejan de temblarle, lo sé porque todavía las tengo alrededor de mi cintura. No la suelto. Es por la excusa de que no quiero que se caiga cuando lo haga, pero es mentira. Lo hago porque necesito retenerla un poquito más conmigo.

No es esto lo que tenía pensado hacer cuando he subido a buscarla. La conversación de antes me ha jodido como nadie puede hacerse una idea y, cuando Javi ha golpeado la puerta para llamarme y decirme que volviera a la fiesta, ella ha aprovechado y ha huido, escapando de mí. No le he hecho ni puñetero caso a mi hermano, sino que he subido yo también como alma que lleva el diablo para buscarla. Sí, no es la mejor manera de hacer las cosas. Sí, no debería presionarla. Sí, la he cagado desde el mismo momento en que la he estrechado entre mis brazos antes, en la cocina. Pero bueno, nunca he sido un hombre que sobresalga por pensar mucho las cosas antes de hacerlas.

Estaba escondida en el baño. He estado tentado de aporrear la puerta y hacer que saliera, pero he pensado que sería más correcto esperar apoyado en la barandilla, justo enfrente, para impedir que volviera a escaparse. ¿Que cuánto tiempo he estado así? Creo que no ha llegado al minuto completo. He ido, decidido a tirar la puerta abajo si no me abría, pero no ha sido necesario, porque justo ella salía, tropezándose con mi pecho, y su olor a fresas me ha perforado la nariz.

Putas fresas.

Lo que ha venido a continuación... no tengo palabras para describirlo. De repente estábamos en mi habitación, comiéndonos con la boca, con las manos, con todo lo que tuviéramos a nuestro alcance. Me picaban las palmas de las ganas que tenía que recorrerle todo el cuerpo. Tenía hambre de ella, pero ella también de mí. Y darme cuenta de eso me ha hecho ponerme como una auténtica moto. La ropa me molestaba; la suya y la mía. Por una parte quería arrancársela toda, pero por otra no podía dejar de saborearla ni un momento. La he mirado, y ella a mí; he visto aprobación en su mirada, le he asegurado que no la dejaría caer... y la he hecho mía. Mía en todos los niveles; físicos y mentales.

Y ahora aquí estamos, conmigo todavía en su interior. Ni siquiera me he acordado de coger un condón. Soy el tío más previsor del mundo. Nunca me olvido de estas cosas.

«¿Nunca?». Con ella, sí. No es la primera vez.

Su cabeza descansa en mi pecho. Le beso el pelo mientras no dejo de acariciarle las piernas. He soñado durante tanto tiempo con esto que tengo miedo de moverme y que esta burbuja en la que estamos se pinche. Pero no puede ser, ¿no? Es decir... Joder, ¡nos hemos acostado! Y aunque ha sido rápido y no muy limpio, la verdad, no ha sido solo sexo, ha sido más, muchísimo más. Somos nosotros; Eva y Marcos. Eso tiene que significar algo por cojones. Para mí significa muchas cosas. Mierda. No es normal que quiera alzar el puño cual signo de victoria, ¿verdad?

Está claro que no lo hemos hecho como deberíamos, pero esto tiene que significar algo. Un paso. Cualquier cosa.

Nuestras respiraciones ya se han normalizado y demorar más lo inevitable es absurdo, por lo que poco a poco comienzo a salir de su interior, despacio, intentando alargar ese momento lo máximo

posible. Mientras lo hago, noto como todo mi ser se desliza por sus piernas. Eva no me mira en ningún momento, como si se estuviera escondiendo de mí. Como si esa coraza que creía haber derribado hace un momento la hubiera vuelto a levantar, y eso me asusta un poco. Debo pensar que es normal que esté asustada, o más bien abrumada. Además, no debemos olvidar que yo sí sabía que nos íbamos a ver hoy. Ella no.

Antes de dejarla del todo en el suelo, beso su frente. Un simple roce, con el que intento transmitirle un poco de tranquilidad, o yo que sé. Para que sepa que sigo aquí. Y le susurro muy bajito:

-¿Bien?

Sigue sin mirarme. Ni de reojo. Ni siquiera ahora, que le he preguntado si está bien, lo hace. Tiene las mejillas sonrosadas, el pelo revuelto y el vestido hecho un desastre. Me quedaría contemplándola hasta que saliera de nuevo el sol por la mañana, pero tengo los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, y quedaría raro. Ella se alisa el pelo con la mano y se arregla el bajo de la falda, dándole tirones, a ver si así le quita las arrugas. Me agacho para subirme los pantalones y lo veo de nuevo: mi semen por su pierna. Ni siquiera me lo pienso. Cojo mi camiseta, que está en el suelo -por cierto, ¿cuándo me la he quitado?-, voy caminando lentamente hasta ponerme delante de Eva, me coloco de rodillas entre sus piernas abiertas y, así, con infinito cuidado, comienzo a limpiarla. Al notar el tacto de mis manos en sus piernas da un pequeño respingo, pero no se mueve.

Creo que la última vez que me puse de rodillas ante alguien fue... ¿nunca? Pero con Eva... Le besaría los pies si ella me lo pidiera.

Cuando termino, dejo la camiseta a un lado, pero no me levanto. Me quedo así, arrodillado frente a ella y con la cabeza agachada, intentando poner en orden mis pensamientos y rememorando lo que acaba de pasar.

Nos hemos acostado.

No es una pregunta, es un hecho. Me ha dejado disfrutar de su cuerpo. Me acaba de dar el mejor orgasmo de mi vida. No puedo evitar que una pequeña sonrisa asome a mis labios. Pero no se la muestro, no creo que esté preparada para eso. Lo tomaría como un signo chulesco, y nada más lejos de la realidad. Pero tenemos que hablar, de lo que pasó hace tiempo y de lo que acaba de pasar ahora. Eva no es de las que se acuesta con el primero que pilla. Joder. Ni siquiera quiero pensar en otro ahora mismo, porque la sangre vuelve a bullirme por todo el cuerpo y puedo llegar a convertirme en Hulk si me lo propongo.

Las voces de los que están abajo llegan a nuestros oídos, y me acuerdo de toda la fiesta que hay montada en mi jardín. Me había olvidado de todos y cada uno de ellos. Me pregunto qué pasaría si ahora mismo entrara aquí alguno, como Pedro, su hermano, y me doy cuenta de que no me importaría una mierda. De hecho, lo que más me gustaría es bajar de su mano, besarla delante de todos y decir que es mía. Con posesividad, por si hay alguna duda.

Eva me empuja un poco por los hombros, intentando que me aparte y despertándome de la película a lo *Tarzán* que me estaba montando.

«Soy más fuerte que tú, pequeña». La cojo por los tobillos, apoyo mi frente en su estómago y se lo digo. Eso que he necesitado decir desde hace tiempo y por lo que debería haber empezado cuando me la he reencontrado en la cocina.

-Hazme la pregunta. Esa que llevas queriendo hacerme desde la noche en que me marché. Házmela. Necesito darte la respuesta.

Una vez Javi me dijo que, cuando está muy nervioso, nota como si el corazón se le fuera a salir por la boca. En ese momento me descojoné en su cara, y es que Javier siempre ha sido un poco

moñas y sentimentaloides. Hay gente que dice que es por ser gay, pero eso es una gilipollez. Pedro es heterosexual y es más moñas que Javi, que ya es decir. Solo que ellos experimentaban el amor de una manera que no iba nada conmigo, por lo que si ahora me vieran, me harían tragar mis palabras. Y lo haría. Porque ahora solo quiero suplicarle a la chica que tengo delante.

-Es que yo ya no quiero saberla. -Si alguien me da una patada en los huevos, creo que no me hace tanto daño como esas siete palabras. No es por lo que ha dicho, que sí, sino por la forma de hacerlo. Si tuviera que describir a Eva, jamás usaría los adjetivos «fría», «dura», «distante», «vengativa». Sin embargo, ahora mismo, son los que mejor la definen.

Levanto la cabeza para mirarla a los ojos, por fin, y veo que ella también me está mirando. Consigo ponerme en pie a duras penas, porque al que ahora le tiemblan las piernas es a mí.

Alargo el brazo para tocarle la mejilla, porque hay unas lágrimas silenciosas desplazándose por ella, pero no me lo permite. Gira la cara hacia la derecha, cerrando también los ojos y siseando:

-No me toques.

Nunca, en toda mi vida, había escuchado salir de los labios de Eva un tono tan... despectivo. Como si el contacto de mi piel le diera... ¿qué? ¿Asco? Y la conozco desde hace años. Para ser exactos, desde que nació. Me congela la mano en el aire, haciendo que algo dentro de mí se cortocircuite. ¿Cómo ha podido pasar de estar entre mis brazos a esto? ¿Qué coño significa?

Sí, lo hice mal, fui muchas cosas, pero ella... Noto como el cabreo se va apoderando de mi cuerpo poco a poco, hasta encenderme la cara y escocerme los ojos de la rabia que tengo. Podría lanzar rayos láser por los ojos, directos al corazón helado de la chica que tengo ahora mismo delante de mí.

Se acabó lo de ser delicado. Una parte de mí, a la que ignoro de forma deliberada, sabe que es el orgullo quien está tomando forma, quien se está apoderando de mi cuerpo y, por supuesto, de mis palabras, pero no puedo controlarlo. O es que me siento tan dolido que no quiero.

-Ya es tarde para eso. ¿No crees?

-Lo único que creo es que esto ha sido un error, pero de los gordos, y jamás va a volver a pasar. ¿Me oyes? Me hablarás lo justo y necesario y, sobre todo, no volverás a tocarme, ni a abrazarme, ni, por supuesto, a besarme. Porque como lo hagas... como lo hagas... te juro que no respondo.

-Te recuerdo que esto ha sido cosa de dos. Yo te lo he hecho a ti y tú a mí. No te he oído quejarte en ningún momento, al contrario. He oído bastantes jadeos y gemidos, si me permites la aclaración.

Puede que esto último esté fuera de lugar, pero la verdad es que me la sopla. Así, tal cual. ¿Quiere jugar sucio? Adelante. Soy un experto en la materia. Me cruzo de brazos y dejo asomar una sonrisa a mi cara, provocándola más todavía. Está claro que lo que acaba de pasar no significa lo mismo para ella que para mí, y eso hace que me sienta engañado, y no me gusta nada esa sensación.

-Eres gilipollas.

-No te lo discuto.

-Me sacas de mis casillas.

-Tampoco sería la primera vez.

-¡Mierda, Marcos! ¿Pero tú de qué vas? Te crees que puedes presentarte aquí, delante de mí, intentando... ¿qué, si puede saberse? Eres un egocéntrico, lo has sido siempre, y piensas que los demás estamos aquí para bailar a tu alrededor. Pues no. Esto -dice señalándonos a los dos- ha sido un completo error, ¿me oyes? De esos de los que te arrepientes toda tu vida.

-Bueno, la verdad es que es una pena que pienses así, porque, bueno, los errores se cometen una vez. Una. Tú ya vas por la segunda.

-Ni se te ocurra ir por ahí.

-No voy por ningún sitio, y no creas ni por un momento que esto ha terminado. Vas a hablar conmigo, Eva. Vas a sentarte y vas a escuchar todo lo que tengo que decirte.

-¡Argh! -grita con todas sus fuerzas, y se gira dispuesta a salir de la habitación.

-Ya me has oído. ¿No quieres que sea hoy? Me parece bien. Puedo esperar, no tengo ninguna prisa.

-Pues ya puedes esperar sentado -murmura por encima del hombro, sin ni siquiera mirarme. Tiene la puerta abierta y un pie fuera. Pero, amiga mía, yo tengo la última palabra. Deberías empezar a recordarlo.

-Eso haré. No sé si es que no ha quedado claro, pero no pienso irme a ningún sitio. -No se molesta en contestarme. Cierra la puerta de un portazo y poco después escucho cómo se cierra la del baño de Paula. Y es que lo que le he dicho es verdad. He venido a quedarme, para siempre, y conseguiré que hable conmigo. Sabe que no puede desaparecer de mi vida por mucho que se lo proponga.

Me giro y veo la camiseta en el suelo. El cuarto aún huele a sexo. Yo huelo a fresas. Y tengo su sabor aún en la punta de la lengua. Le doy un puñetazo a la puerta, haciéndome un daño de cojones, claro está. Escucho a mi hermana gritando, llamando a Eva, y, conociéndola como lo hago, en tres, dos, uno va a irrumpir en mi habitación, así que tiro la camiseta que llevaba a un rincón y me pongo otra negra para bajar al jardín con mis invitados.

¡Mierda! No quiero ver a nadie. Quiero que se vayan todos y me dejen solo ¿Es que no se puede tener un poco de tranquilidad y dejar que uno se regodee en la autocompasión un poquito?

Salgo por la puerta justo cuando Eva lo hace del baño, despacio, supongo que con miedo por si vuelvo a estar frente a la puerta acechándola. Se ha arreglado el pelo, dejándoselo suelto, y se ha puesto brillo en los labios. Se los miro y me relamo interiormente. Los sigue teniendo un poco irritados, y saber que es por mi culpa me hincha el pecho y me hace tener ganas de golpearlo como King Kong.

-¡Hombre! ¡Pero si son la Bella y la Bestia! -No digo dónde tiene Paula la gracia, porque todo el mundo se hace una idea.

-Y tú Campanilla, no te jode -le gruño, pasando por el lado de Eva sin mirarla y haciendo todo lo posible por no tocarla.

-*Sips*. Y me encanta. -Mi hermana sonrío de oreja a oreja-. Llevo buscándoos a los dos un buen rato. ¿Dónde estabais? -Ninguno contesta. Eva se mira los pies, yo las ignoro a las dos y comienzo a bajar las escaleras. Pero la voz de Eva hace que me detenga.

-Estaba en el baño.

-¿Todo este tiempo?

-Sí.

-Pues, hija mía, me das bastante pena. ¿Quieres pomada?

-¿Por qué? Y ¿para qué?

-Porque si llevas dentro de ese baño más de media hora, haciendo lo que creo que estabas haciendo, debe de escocerte el ojete del culo un mazo.

-¡Joder, Paula! Córtate un poco, ¿no? ¿Hace falta ser tan guarra y específica cuando hablas? -le grito, girándome para enfrentarla. Aunque estoy dos escalones por debajo de ella, le sigo sacando una cabeza. En realidad, Eva ni se inmuta, sabe que Paula es una cerda y que lo que más le gusta es sacarnos de quicio.

-¿Qué? Me preocupo por su salud. -Paula intenta aparentar seriedad, pero la sonrisa se asoma a sus labios. Decido ignorarla y veo que Eva también. Es lo mejor que todo el mundo puede hacer.

Eva se acerca a las escaleras, pero no llega a dar ni un paso porque la voz de Paula nos congela-. Por cierto, Eva, ¿lo que llevas en el cuello es un chupetón?

Eva se cubre los dos lados del cuello con ambas manos; yo la miro directamente a la cara, buscando ese chupetón, con los ojos abiertos de par en par, y Paula baja saltando y cantando: «Tenemos turrón, turrón, turrón... pero mira que sea ¡Antiu Xixona!».

CAPÍTULO

SEIS

Marcos

Si cojo un diccionario y busco las siguientes palabras: «cavernícola», «orgullosa», «vanidosa», «presuntuosa», «borde», «tocapelotas», «gilipollas»... ¿He dicho «cavernícola»? Sí. Pues voy a buscarle un sinónimo... ¿«Retrógrado»? Perfecta. ¿Las tengo todas? Pues ahora solo falta mirar la foto que acompaña a todas y cada una de esas palabras. ¡Bingo! Soy yo.

Y es que así es como me he comportado con Eva en la habitación hace un momento. Pero no lo he podido evitar. Me sale un instinto animal con ella que no es normal. Ya me pasaba antes, pero ahora ha alcanzado niveles estratosféricos. Pero tiene lógica, ¿no? Porque, vamos a ver, me acaba de decir que lo que ha pasado ha sido un error. Que ella y yo somos un error.

Y escuece un huevo.

Jamás definiría a Eva de esa manera. ¿Que deberíamos haber hecho las cosas de otra forma? Cierto. Pero no me arrepiento. No lo he hecho ni un segundo durante todo este tiempo. A veces he considerado que eso me convierte en muy mala persona, pero después veo su cara, su sonrisa, cómo me mira, y todo pensamiento negativo se me borra de un plumazo.

Aún no ha bajado, sigue encerrada en el baño, supongo que intentando borrar el chupetón que, ni me acuerdo cómo, le he hecho. Pienso que no quiero que se lo quite. Me gustaría que bajara y lo viera todo el mundo, y decirles que he sido yo quien lo ha dejado ahí. Ya he hablado varias veces de mi problema con el afán de posesión que esta chica me produce. Pero yo no creo que sea posesión, creo que se ha convertido en necesidad. Esa que jamás se ha ido, por muchos kilómetros que haya puesto de por medio.

Me acerco hasta Pedro y charlo un poco con él. O finjo hacerlo. En realidad, me estoy limitando a beberme la cerveza que me ha dado, asentir con la cabeza a todo lo que me cuenta y mirar de reojo hacia la puerta del jardín para verla entrar y asegurarme de que está bien, porque, aunque me haya comportado como un capullo, quiero que esté bien. Puede parecer mentira, y sé que a ella se lo parece, pero es lo único que siempre he querido.

Por fin baja, y lo hace jodidamente perfecta. Se ha peinado una coleta de medio lado, ocultando la parte del cuello en la que lleva el chupetón. Al pisar el jardín, su mirada se cruza con la mía, pero la aparta rápido y se centra en mi hermana, que le dice algo al oído; Eva le palmea el brazo y Paula se ríe y le pellizca el culo. Nunca creí que pudiera tenerle envidia a Paula, pero quiero que sea a mí a quien sonría de esa manera. Tengo grabada a fuego la última vez que lo hizo.

-¿Nos sentamos a cenar? Esto se va a enfriar.

Como buenos amantes de los fuegos, Javier y Héctor se han hecho dueños y señores de la barbacoa, y yo encantado, porque me parece un auténtico coñazo. Nos sirven toda variedad de embutidos, panceta, secreto ibérico, patatas asadas y no sé cuántas cosas más. Comemos como si nos lo fueran a quitar de las manos.

No puedo dejar de mirar a Eva. Lo mío ya es de análisis. Se ha sentado al lado del subnormal de Luis. Dios, no sé por qué seguimos siendo amigos de ese tío, de verdad. Pedro estuvo saliendo con una chica, Carlota. La tía era cojonuda, la verdad, pero tenía un gran defecto: su hermano. Cuando nos lo presentó, nos pareció majó. Claro, lo acababan de operar de las muelas y no podía hablar mucho. Pero en cuanto el dolor pasó y abrió esa boca que tiene...

Carlota y Pedro lo dejaron hace más de cinco años, pero su mellizo se quedó con nosotros. ¿Por

qué? Ni pajolera idea. En fin. Que Eva se ha sentado a su lado y no para de tontear con él, y sé que lo está haciendo para molestarme. Y vaya si lo ha conseguido. Jamás se ha sentido atraída por él, ni lo más mínimo, y aunque llevo tres años fuera y pueden haber ocurrido muchas cosas, sé que el que Eva se interese por Luis no es una de ellas. Pero a Eva le encanta sacarme de mis casillas. A ver, es cierto que me ha pillado taladrándola con la mirada toda la noche, que he intentado sentarme junto a ella y que la he cogido un par de veces del hombro o le he tocado el brazo cuando he pasado por su lado, o cuando me he parado junto a ella mientras hablaba con Ariadna y las demás. Y como no le han hecho ni pizca de gracia ninguna de esas cosas, porque hace menos de una hora me ha dicho que no volviera a tocarla o que le hablara lo justo y necesario, pues esta es su forma de hacérmelo pagar.

Agarro la botella de cerveza tan fuerte que creo que podría romperla. Es la tercera vez que Luis le roza el brazo para hablar. ¿Hace falta ser tan sobón para mantener una conversación? Yo no voy tocando brazos, hombros ni derivados cuando hablo con la gente. Hay una cosa que se llama «espacio vital», coño.

Noto como algo me golpea la frente y después cae sobre mi regazo. Miro y veo un trozo de pan. Con salsa. Así que debo de tener la frente manchada. No hace falta levantar la cabeza para ver quién me lo ha tirado, pero aun así lo hago y me encuentro con la sonrisa de oreja a oreja de mi hermana.

-¿Qué? -le pregunto de muy malas formas, la verdad, pero es que antes de girarme a mirarla he visto como Luis cogía de la mano a Eva para preguntarle si quería más vino. Juro que se la amputo.

-Que esta es tu fiesta de bienvenida. BIEN-VE-NI-DA. Y parece la fiesta de «se me ha muerto el perro». Te están hablando. De hecho, la persona que tienes justo a tu derecha te ha hecho la misma pregunta por lo menos tres veces ya, y oye, no está bien que ignores así a tus invitados. Si te molestan, díselo y se marchan.

Le enseño el dedo corazón después de limpiarme la frente con la servilleta y me giro hacia una sonrosada Andrea, que me mira con una pequeña sonrisa en los labios.

-Perdona, de verdad. Me he quedado un poco en mi mundo. Pero no me molestáis. Ninguno. Bueno, ella sí -digo señalando a mi hermana-, pero no puedo hacer mucho.

-Tranquilo, no pasa nada.

-No. Dime.

-Te preguntaba que qué tal por Nueva York. Adoro esa ciudad. Me hubiera encantado ir alguna de las veces que fueron estos, pero, con el trabajo y luego el embarazo, ha sido imposible.

-No digas tonterías -le digo mientras le acaricio el vientre, que está bastante abultado, pues está de ocho meses. Les cuento un poco mi experiencia en las Américas, hablándoles del proyecto que estuve desarrollando allí y cómo eran los inviernos en Nueva York. Más de una vez nos quedamos atrapados durante horas en las oficinas por las fuertes nevadas, pero es maravilloso y se lo recomiendo a todo el mundo.

Seguimos hablando un poco más. Me siguen preguntando cosas, como por mis compañeros de trabajo, y yo les pregunto a ellos por sus vidas. Aunque no hemos perdido el contacto jamás y mis hermanos se han encargado de ponerme al día de todo, no ha sido lo mismo. Ariadna les pregunta a los futuros padres sobre la llegada inminente del bebé, y yo aprovecho para volver a evadirme.

Oigo su risa y no puedo evitar girarme a mirar. Tiene el codo apoyado en la mesa y la mejilla descansa sobre su mano. En cuanto nota que la estoy mirando, le sonrío más todavía y se pinza el labio inferior con los dientes.

-¿Me dejas que luego te lleve a casa? -oigo que le pregunta Luis.

Hasta aquí hemos llegado.

Ya sé yo por qué quiere este llevarla a casa. Pero de eso nada. Estoy a punto de contestarle cuando Pedro me interrumpe sugiriendo sacar el postre.

-Eva, ¿me ayudas? -dice Paula.

-Claro -le contesta a mi hermana y, disculpándose con Luis, se levanta y se marcha a la cocina.

Es mi momento.

Me levanto y me siento en la silla que hace un momento ocupaba Eva.

-¿Qué haces? -me pregunta Luis, entre sorprendido y molesto.

-Sentarme.

-Ya, pero esta silla está ocupada.

-¿Tenemos sillas asignadas?

-No, pero Eva lleva aquí toda la noche, y no creo que sea de buena educación ir quitándole los sitios a la gente cuando se levantan un momento.

-Bueno, si es por eso, no creo que a Eva le importe, tranquilo.

-Ya, pero a mí...

-A ti, nada.

-Pero si no sabes lo que voy a decir.

-Por si acaso.

No le da tiempo a replicarme, pues noto una presencia detrás de mí. Me giro y me enfrento a sus ojos.

-¿Qué haces?

-Disfrutar de la compañía de mi buen amigo Luis. -Para darle más credibilidad, rodeo el hombro de este con el brazo y lo palmeo. Un poco fuerte, al parecer, porque se inclina tanto hacia delante que por poco se come la mesa.

-Ese es mi sitio.

-¿Sí? No me había dado cuenta. No te importa, ¿no?

-¿A mí? En absoluto.

Pero vaya si le importa. La sonrisa que muestra no me gusta. No ha dicho nada, pero estoy bastante convencido de que acabo de perder en un juego que yo mismo he empezado.

-Luis, me encantaría que me acercaras a casa cuando terminemos.

Punto número uno: se ha inclinado tanto para decírselo que su coleta me ha rozado la cara.

Punto número dos: al hacerlo, han pasado tres cosas: he visto su chupetón, le he olido el pelo, que sigue oliendo a fresas, y me he empalmado *ipso facto*.

Punto número tres: a Luis se le ha dibujado tal sonrisa que, como no se le quite a la de ya, se la voy a quitar yo de un guantazo. Y no soy un tío violento.

Punto número cuatro: Eva ha hecho jaque mate.

Cuando se gira, apoyo la frente en la mesa y suelto un suspiro de derrota muy muy largo. Nadie se da cuenta de mi desgracia. Todos siguen a su rollo. Levanto un poco la cabeza y observo a Eva que, contoneándose, llega a donde estaba yo sentado y se pone a hablar con Andrea mientras le acaricia la barriga. No he podido evitar mirarle el culo y, cuando me giro hacia la izquierda, veo que no he sido el único.

-Eh, picha floja, a mirar hacia otro lado.

Luis me mira levantando las cejas, porque no sabe si se lo he dicho a él o es que me ha dado por hablar solo.

Me incorporo, me recuesto en la silla y me bebo otra cerveza. No tengo ni idea de cuántas llevo ya. Y es que esta noche parece no tener fin.

CAPÍTULO

SIETE

Eva

Pero qué tío más pelmazo.

En cuanto llegue a casa me tomo un ibuprofeno. No ha parado de hablar desde que hemos salido de casa de Paula. Eso, más toda la tensión que he vivido esta noche, hace que esté para meterme en la cama y no salir hasta la selibre11">-Que esta es tu fiesta de bienvenida. BIEN-VE-NI-DA. Y parece la fiesta de «se me ha muerto el perro». Te están hablando. De hecho, la persona que tienes justo a tu derecha te ha hecho la misma pregunta por lo menos tres veces ya, y oye, no está bien que ignores así a tus invitados. Si te molestan, díselo y se marchan.

Le enseño el dedo corazón después de limpiarme la frente con la servilleta y me giro hacia una sonrosada Andrea, que me mira con una pequeña sonrisa en los labios.

-Perdona, de verdad. Me he quedado un poco en mi mundo. Pero no me molestáis. Ninguno. Bueno, ella sí -digo señalando a mi hermana-, pero no puedo hacer mucho.

-Tranquilo, no pasa nada.

-No. Dime.

-Te preguntaba que qué tal por Nueva York. Adoro esa ciudad. Me hubiera encantado ir alguna de las veces que fueron estos, pero, con el trabajo y luego el embarazo, ha sido imposible.

-No digas tonterías -le digo mientras le acaricio el vientre, que está bastante abultado, pues está de ocho meses. Les cuento un poco mi experiencia en las Américas, hablándoles del proyecto que estuve desarrollando allí y cómo eran los inviernos en Nueva York. Más de una vez nos quedamos atrapados durante horas en las oficinas por las fuertes nevadas, pero es maravilloso y se lo recomiendo a todo el mundo.

Seguimos hablando un poco más. Me siguen preguntando cosas, como por mis compañeros de trabajo, y yo les pregunto a ellos por sus vidas. Aunque no hemos perdido el contacto jamás y mis hermanos se han encargado de ponerme al día de todo, no ha sido lo mismo. Ariadna les pregunta a los futuros padres sobre la llegada inminente del bebé, y yo aprovecho para volver a evadirme.

Oigo su risa y no puedo evitar girarme a mirar. Tiene el codo apoyado en la mesa y la mejilla descansa sobre su mano. En cuanto nota que la estoy mirando, le sonrío más todavía y se pinza el labio inferior con los dientes.

-¿Me dejas que luego te lleve a casa? -oigo que le pregunta Luis.

Hasta aquí hemos llegado.

Ya sé yo por qué quiere este llevarla a casa. Pero de eso nada. Estoy a punto de contestarle cuando Pedro me interrumpe sugiriendo sacar el postre.

-Eva, ¿me ayudas? -dice Paula.

-Claro -le contesta a mi hermana y, disculpándose con Luis, se levanta y se marcha a la cocina. Es mi momento.

Me levanto y me siento en la silla que hace un momento ocupaba Eva.

-¿Qué haces? -me pregunta Luis, entre sorprendido y molesto.

-Sentarme.

-Ya, pero esta silla está ocupada.

-¿Tenemos sillas asignadas?

-No, pero Eva lleva aquí toda la noche, y no creo que sea de buena educación ir quitándole los

sitios a la gente cuando se levantan un momento.

-Bueno, si es por eso, no creo que a Eva le importe, tranquilo.

-Ya, pero a mí...

-A ti, nada.

-Pero si no sabes lo que voy a decir.

-Por si acaso.

No le da tiempo a replicarme, pues noto una presencia detrás de mí. Me giro y me enfrento a sus ojos.

-¿Qué haces?

-Disfrutar de la compañía de mi buen amigo Luis. -Para darle más credibilidad, rodeo el hombro de este con el brazo y lo palmeo. Un poco fuerte, al parecer, porque se inclina tanto hacia delante que por poco se come la mesa.

-Ese es mi sitio.

-¿Sí? No me había dado cuenta. No te importa, ¿no?

-¿A mí? En absoluto.

Pero vaya si le importa. La sonrisa que muestra no me gusta. No ha dicho nada, pero estoy bastante convencido de que acabo de perder en un juego que yo mismo he empezado.

-Luis, me encantaría que me acercaras a casa cuando terminemos.

Punto número uno: se ha inclinado tanto para decírselo que su coleta me ha rozado la cara.

Punto número dos: al hacerlo, han pasado tres cosas: he visto su chupetón, le he olido el pelo, que sigue oliendo a fresas, y me he empalmado *ipso facto*.

Punto número tres: a Luis se le ha dibujado tal sonrisa que, como no se le quite a la de ya, se la voy a quitar yo de un guantazo. Y no soy un tío violento.

Punto número cuatro: Eva ha hecho jaque mate.

Cuando se gira, apoyo la frente en la mesa y suelto un suspiro de derrota muy muy largo. Nadie se da cuenta de mi desgracia. Todos siguen a su rollo. Levanto un poco la cabeza y observo a Eva que, contoneándose, llega a donde estaba yo sentado y se pone a hablar con Andrea mientras le acaricia la barriga. No he podido evitar mirarle el culo y, cuando me giro hacia la izquierda, veo que no he sido el único.

-Eh, picha floja, a mirar hacia otro lado.

Luis me mira levantando las cejas, porque no sabe si se lo he dicho a él o es que me ha dado por hablar solo.

Me incorporo, me recuesto en la silla y me bebo otra cerveza. No tengo ni idea de cuántas llevo ya. Y es que esta noche parece no tener fin.

CAPÍTULO

SIETE

Eva

Pero qué tío más pelmazo.

En cuanto llegue a casa me tomo un ibuprofeno. No ha parado de hablar desde que hemos salido de casa de Paula. Eso, más toda la tensión que he vivido esta noche, hace que esté para meterme en la cama y no salir hasta la selibre11">-Que esta es tu fiesta de bienvenida. BIEN-VE-NI-DA. Y parece la fiesta de «se me ha muerto el perro». Te están hablando. De hecho, la persona que tienes justo a tu derecha te ha hecho la misma pregunta por lo menos tres veces ya, y oye, no está bien que ignores así a tus invitados. Si te molestan, díselo y se marchan.

Le enseño el dedo corazón después de limpiarme la frente con la servilleta y me giro hacia una sonrosada Andrea, que me mira con una pequeña sonrisa en los labios.

-Perdona, de verdad. Me he quedado un poco en mi mundo. Pero no me molestáis. Ninguno. Bueno, ella sí -digo señalando a mi hermana-, pero no puedo hacer mucho.

-Tranquilo, no pasa nada.

-No. Dime.

-Te preguntaba que qué tal por Nueva York. Adoro esa ciudad. Me hubiera encantado ir alguna de las veces que fueron estos, pero, con el trabajo y luego el embarazo, ha sido imposible.

-No digas tonterías -le digo mientras le acaricio el vientre, que está bastante abultado, pues está de ocho meses. Les cuento un poco mi experiencia en las Américas, hablándoles del proyecto que estuve desarrollando allí y cómo eran los inviernos en Nueva York. Más de una vez nos quedamos atrapados durante horas en las oficinas por las fuertes nevadas, pero es maravilloso y se lo recomiendo a todo el mundo.

Seguimos hablando un poco más. Me siguen preguntando cosas, como por mis compañeros de trabajo, y yo les pregunto a ellos por sus vidas. Aunque no hemos perdido el contacto jamás y mis hermanos se han encargado de ponerme al día de todo, no ha sido lo mismo. Ariadna le